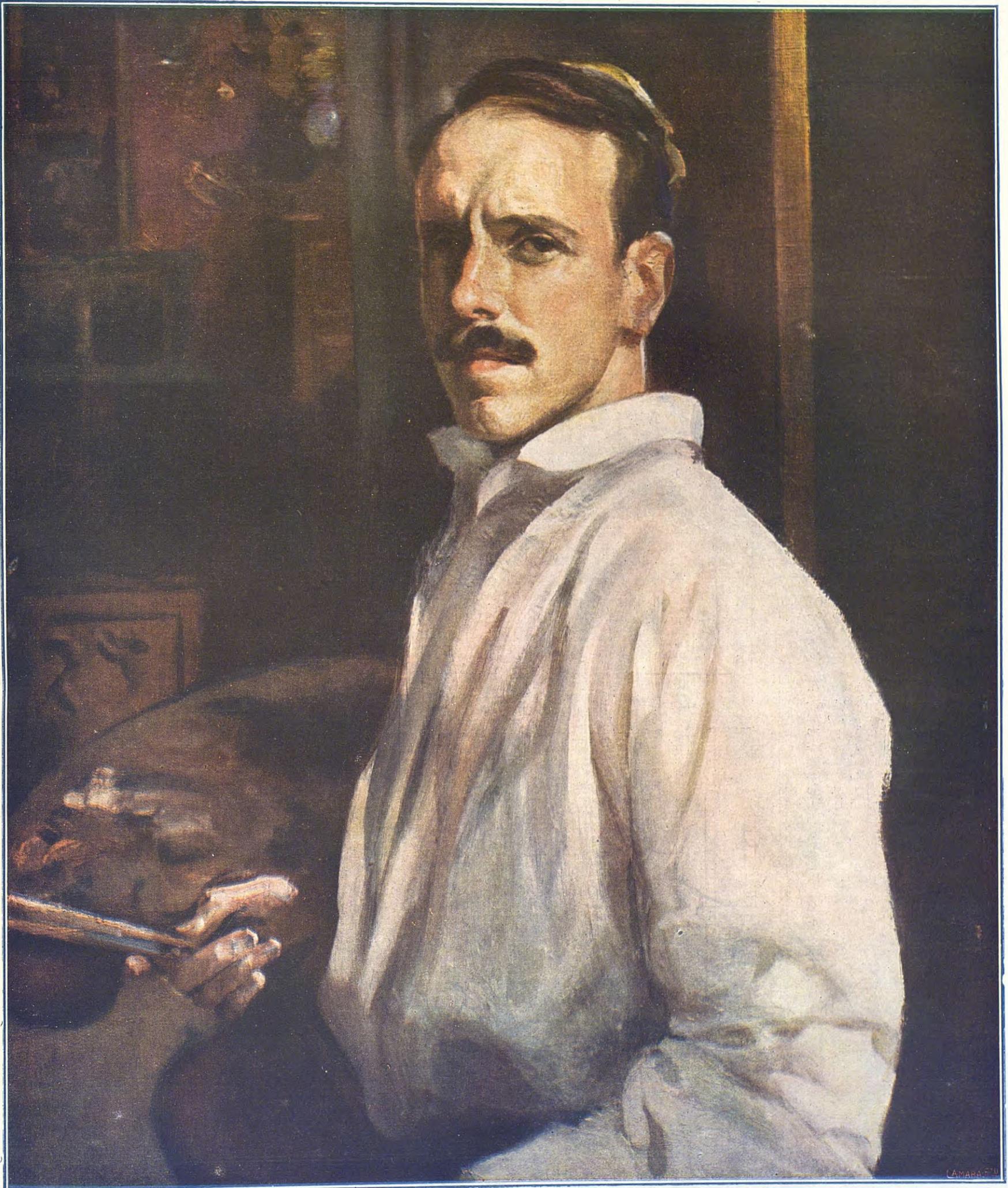


La Esfera

6 Octubre 1917

Año IV.—Núm. 197

ILUSTRACION MUNDIAL



JOSÉ BENLLIURE ORTIZ, autorretrato del malogrado pintor valenciano

DE LA VIDA QUE PASA
EL QUE NO SE CONOCE A SÍ MISMO

INDUDABLEMENTE, lo habréis observado más de una vez.

Se habla en un corrillo de hombres graves y sesudos, á todos los cuales repugna infinitamente el ejemplo del que medra reptando, ó del que avanza en la vida con furia de solípedo, aplastando corazones, cráneos y pupilas extasiadas.

Y un contertulio profiere sarcásticamente: —Ese es un triunfador. Tiene la cuquería, la desaprensión, el cinismo hediondo precisos para no dejarse aniquilar entre los rezagados. La astucia le abre todas las puertas, y la cobardía ó la torpeza de los demás se ofrecen á su paso como escalones. ¡Arrivista extraordinario! ¡Quién tuviera su genio, quién fuese como él!... Porque ya sabrán ustedes que con la impedimenta de la dignidad á ultranza no se llega nunca oportunamente á ninguna estación de término.

Los reunidos asienten. Sí, señor; el Quijote, el puro, el no envilecido, es un cerro, destinado á moverse siempre hacia la izquierda, que en las matemáticas sociales los granujas ó los ladinos saben conducir hacia la derecha, para concederles algún valor, en provecho propio.

Y ese hombre del grupo, que se enfurece ante el bellaco trepador, es otro tunante. Así, sin eufemismos. Un tunante de mayor cuantía, espejo de bribones, manantial de inconsecuencia, cuerpo vil sometido á todas las casacas, veleta siempre pronta á bailotear desapoderadamente bajo el primer cefirillo de utilidad que las circunstancias levanten. Pero — ¡oh, Vida amable! — nuestro amigo se considera víctima y no inmolador, tajo y no cuchilla. Pocas le parecen todas las reprobaciones contra lo tortuoso, y, sin embargo, su conciencia, orientada hacia la obsesión de medrar, no conoce el camino recto, ni titubea delante del escollo que lo ilícito opone al frenesí del desalmado.

Este habilidoso amigo nuestro suele ser terminantemente simpático. ¡Que efusión tan ancha la suya! Reparte apretones de manos conmovedoras, como buenas noticias, y hasta de la mano le fluye ese calor que nosotros, casi nunca prevenidos, tomamos por cordialidad. Es un hombre robusto, de mirada viva, de frase fácil, que se nos muestra tan acogedor como el zaguán de una casona prócer.

Nos entregamos á él. Le suponemos águila caudal, sin suponer que, bajo la gallardía de sus audaces alas, encubre un repugnante desasosiego de lombriz. «Merece triunfar» —nos decimos—. Es abierto, franco, tumultuoso, todo ventanas y belvederes. Nos internamos en su mentida cordialidad como podríamos encaramarnos á un fastigio. Es cueva inmunda y le reconocemos saludables sugerencias de cumbre. «¡Que venza, caramba! —repetimos—. Tiene talento y bondad. ¡Abajo los ruines, los monicacos, los sutiles, los que afilan sus puñales en la sombra y tallan sus maquinaciones en el antro!» Y como la fuerza es hermosura, el brío de este hombre, farandulero redomadísimo, nos

subyuga, y á él nos sometemos, ignorando que entre los hombres trinitosos de la presente edad, la Loreley ó la Dalila reviven con la misma pérdida fascinación de que nos hablan la leyenda ó la Historia.

Pero, á pesar de sus múltiples artes insidiosas, descubrimos una vez que el farsante no triunfa.

Tiene deformado el cuerpo de tanto trocar casacas; se le ha saltado el muelle de su columna vertebral, á prueba de inflexiones y retorcidas; su rostro de histrión arde por los mil cosméticos y vinagrillos que probó para agradar á los incautos; sangre mana de sus pies, hinchados á fuerza de galopar sobre cráneos y es paldas... y, sin embargo, el que creíamos excelente no ha prevalecido, y el que se nos antojaba hidalgo es un lacayuelo derrotado en su campaña de mixtificaciones y marrullerías.

Le halláis alguna vez y compunge oírle. Era un redentor y le han crucificado. Se echó por esas encrucijadas á defender ideales, y fué tundido. Ha pugnado por ser tan hipocritamente codicioso como los demás, y no lo ha conseguido porque á ello se oponía su «ruda lealtad», su «noble entereza de caballero». Realmente, acongoja ver cómo arremete contra los malsines que atropellaron sin cuartel por resolver prósperamente su problema económico ó conspiraron con fortuna para arribar á la eminencia codiciada.

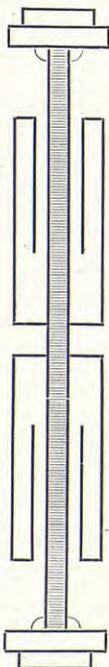
Usted, discretísimo, no le contradice. Ha acabado por conocer á esta vulpeja disfrazada de alcotán, y ya no le sorprende el cinismo con que proclama su hidalguía frente á la bajeza y al deshonor ajenos. Se trata, en suma, de un tunante desenmascarado que no se conoce á sí mismo. Aunque la desventura —que es justicia— de este individuo merezca una sonrisa de piedad, usted, lector, la considera espectáculo entretenido. Al fin este locuaz, al que creímos sano y fuerte de veras, danza por esas calles para que usted sienta hondamente su propia hombría de bien, su propia honestidad y pulcritud de alma como una de esas brisas perfumadas que el oleaje social promueve de vez en cuando, pero siempre á tiempo.

RINCÓN DEL VIEJO MADRID



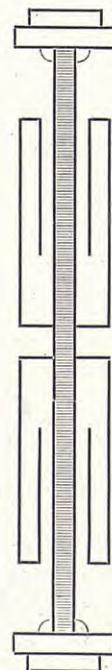
La costanilla y la plaza de San Andrés

FOT. SALAZAR



Callejuela torcida, siniestra encrucijada del viejo barrio de la Morería; rincón lleno de vieja poesía de los tiempos heroicos de la capa y la espada. Balcones escondidos y cerrados, callejas de emboscadas y de miedo, tal vez por ella huyeron aquellos embozados que en la sombra mataron á Escobedo. En los viejos tapias y en los negros portones hay un encanto arcaico y se piensa en tapadas y en zambos rodrigones y se ve difumarse en los rincones el perfil de guarda de un mercader judaico. Penachos verdinegros en los muros; el tiempo se ha dormido en los horarios, sólo de vez en vez los viejos campanarios salmodian su conseja de trasgos y conjuros. Rejas de la antañona callejuela donde Doña Belisa ó Doña Marianela, tras de echar una llave á un galán embozado y de signarse muy devotamente, decían absolviéndose: —¡la noche es tan ardiente... y mi esposo guerrea en el Milanesado!...— ¡Rincón abandonado que da la evocación de la dama andariega, del buseón, del corchete, en las noches de luna, es un bello telón del alma romancesca del siglo diez y siete.

Emilio CARRÉRE



E. RAMÍREZ ANGEL

ARTISTAS MALOGRADOS

JOSÉ BENLLIURE ORTIZ



En Roma, en momentos de gloriosa recordación para el Arte español, cuando los hoy grandes maestros luchaban por la gloria y el provecho, nació José Benlliure Ortiz.

En aquel ambiente de Arte llegó a la vida Pepino Benlliure. En el estudio de su padre, el maestro José Benlliure, balbuceó sus primeras impresiones, sorprendiendo a los compañeros del ilustre ex director de la Academia Española en Roma con apuntes del natural, en los que, a la edad en que otros niños juegan a los soldados, hacía esperar la aparición de un temperamento.

Pepino Benlliure, que en sus primeros trabajos sigue las notas finas de su padre, llenas de detalles encantadores, de una espléndida gama de tonos, presto en lucha tenaz con el natural, va consiguiendo una interpretación personal, de un verismo indudable.

El romano pintor viene a España a saturar su Arte con las enseñanzas de los padres de nuestra pintura y a impresionar su retina con la luz más esplendorosa de nuestro sol.

El, que pintara aquellas encantadoras villas romanas, cuyo sentido decorativo no ha sido superado, acompaña en su peregrinación por tierras de Castilla a su maestro Joaquín Sorolla.

Sus apuntes, fruto de aquella excursión, son hermosísimos, pues, gran dibujante, resuelve fácilmente el problema de la luz, y sus coloraciones son justísimas.

El pintor se fué formando a base de una gran cultura y de una labor formidable de estudios que asombra, tanto más, cuanto, sujeto a una auto-crítica de rigorismo exagerado, acumulaba trabajos y más trabajos que sólo a su muerte se han descubierto por las fuertes manos de su buen padre, que, temblorosas, exploraron los rincones del estudio en busca de aquellos trozos de pintura, pedazos del alma de su hijo.

Esto será un sorpresa hasta para los íntimos de Pepino Benlliure. El, que tenía fama de laborar poco, se nos muestra formidable trabajador.

Hace dos años mandó a la Exposición Nacional su cuadro *Saliendo de misa*, escena de costumbres de nuestra Vega, que fué elogiadísimo y premiado con una segunda medalla. Para la de este año preparaba dos lienzos que seguramente hubieran sido la nota más firme, vigorosa y española del Concurso.

Uno de ellos *La panadera*, ya terminado, y otro, que no pudo concluir, titulado *En contemplación*.

Enfermo gravemente y sin esperanzas de vivir, mandó los lienzos a la Exposición de la Juventud Artística Valenciana, celebrada en Julio de 1916 en los claustros de la Universidad. Su cuadro *La panadera* envuelve la resolución de las enormes dificultades de una gran variedad de reflejos, pues sorprendió a la vendedora de pan en su puesto del Mercado, cuyo toldo



Apuntes del natural, por José Benlliure Ortiz

bate un sol canicular. El cuadro está pintado con una tendencia franca, sincera, consiguiendo la victoria casi en términos absolutos.

Su cuadro *En contemplación* es su obra maestra. Desde su casa, inmediata a un convento de monjas, sorprendió un grupo de éstas en momento interesante y sentidísimo, cuando, después de sus rezos, en los ratos de descanso, jóvenes y ancianas, abstraídas en los delirios místicos del amor divino, muéstranse en contemplación de visiones ultraterrenas.

El pintor completó su obra; no sólo es un gran observador del natural, de un realismo puro, sino el psicólogo que sorprende momento de emoción tan honda de quienes huyeron del mundo para vivir la vida que crearan los místicos de pasadas edades.

El efecto que causó este cuadro fué tan grande que, a no ser presentado fuera de concurso, seguramente obtuviera por sufragio unánime de los expositores la medalla de honor.

El autorretrato que publicamos en la primera plana de este número es obra que, a juicio del malogrado artista, no está terminada, y, sin embargo, su recia figura emerge del lienzo con firmeza evocadora de próximas realidades magníficas.

Pepino Benlliure no solamente pintaba en términos de que le diputemos un gran artista, sino que, como proyectista, hubiera sido tal vez un genio.

Tenía tal sentido de la línea en arquitectura que, según noticias, colaboró arduamente en el dibujo de los proyectos de construcción y decoración del palacio de su maestro, el gran Sorolla, y, ya muy enfermo, hubimos de ver apuntes lindísimos para el anteproyecto del Palacio de Bellas Artes, cuya construcción se persigue en esta ciudad.

Y cuando ya su mano no podía sostener los pinceles, vimos su depurado gusto en la estilización de mariposas, coleópteros y otros insectos para aplicar sus líneas finísimas y matices tan vivos como hermosos a la decoración. Tal vez se editen estos trabajos, entre los cuales hay verdaderas maravillas.

Benlliure Ortiz murió para los suyos en Septiembre último, dejando para el Arte español una figura interesante que se irá agrandando así pasen los años.

De sus obras dijo Sorolla «que debían ser una orientación para la juventud de hoy», y Vittorio Pica, el eminente crítico de Arte italiano que siguió su vida, dijo de él lo siguiente: «Lo recuerdo a Roma, buono, semplice, simpatico, e ricordo il quattro esposto nel padiglione spagnolo di Valle Giulia, che rivelava un giovine artista che cercava con modestia ma con cerebrale fermezza, in sé é fuori di sé, una paroba che in pittura non fosse già stata detta da altri.»

J. MANAUT NOGUÉS

Valencia, Septiembre de 1917.

LA ESFERA

ARTE CONTEMPORÁNEO



EN EL CORO, cuadro de José Benlliure Ortiz



Vista parcial de Nueva York, tomada desde una de las casas rascacielos

EL FRACASO DE UN FUNDADOR

Los hombres más interesantes son los fundadores de instituciones. Y después de éstos, los más interesantes son los que han intentado fundar alguna y no lo consiguieron, como este pobre Guillermo Lane, que acaba de morir, desencantado, en la ciudad australiana de Melbourne.

En un fundador de instituciones tienen que darse al mismo tiempo el hombre de acción y el de pensamiento. Toda institución nace de una idea, de un propósito y de un plan. La institución misma no es más que el ensamblaje de los medios adecuados para la realización del fin propuesto. El plan previo, y su progresivo ajustamiento a las circunstancias, implican la existencia de un pensador, que concibe fines, que percibe realidades y que acopla las realidades a los fines. Pero si no es hombre de acción, su idea no trasciende del papel, y generalmente suele quedarse en el tintero del ensueño.

A su vez, el hombre de acción al que le falta el plan, no pasa de ser un aventurero que nos puede entretener, que hasta nos puede remover profundamente las entrañas, porque todos somos aventureros en canuto, pero que no nos puede interesar racionalmente, porque le falta el plan. Y el hombre de pensamiento, sin acción, no nos puede interesar, ni aun entretener, como tal hombre, aunque sus pensamientos nos interesen y apasionen, porque su vida carece de novela, a pesar de los esfuerzos que se han hecho para dar interés literario a las aventuras espirituales del que, encerrado en su despacho, se dedica a la caza, al amor y a la destrucción final de las ideas.

Guillermo Lane nació en Inglaterra hace cincuenta y seis años; a la edad de quince emigró a los Estados Unidos, donde se dedicó primero a cajista, y luego a repórter. Después se fué a Australia, donde la transparencia de sus ideas y la honradez de sus propósitos le ganaron presuntamente la confianza de las clases trabajadoras, que hallaban en sus escritos el Evangelio adecuado a sus ideales íntimos. Creía Lane que todo el mal nos viene de fuera, y, particularmente, del capitalismo y del salariado, y que, tan pronto como el Estado se establezca de acuerdo con las teorías socialistas, la malicia, el odio, la envidia y la crueldad desaparecerán comple-

tamente de la tierra. La huelga general de Australia de 1890 le fijó en el espíritu la idea de que había llegado la hora de hacer algo.

En 1895 zarpó de Australia para ir al Paraguay, a través del Pacífico, el barco de vela «Royal Tar», que conducía a los miembros de la Nueva Sociedad Australiana Cooperativa de Colonización, organizada por nuestro Lane. Llevaban, además del barco, que era suyo, un capital de 500.000 pesetas. Y el Gobierno del Paraguay les había concedido, libre de todo impuesto, unos 1.500 kilómetros cuadrados de territorio, emplazados a unas treinta leguas de Asunción.

Las dificultades habían ya comenzado al organizarse la expedición. Lane se había dado cuenta de que algunos compañeros preferían obedecerle sin discutir a tomarse el trabajo de estudiar sus proyectos. Este descubrimiento le hizo autoritario. Una vez emprendido el viaje, Lane creyó preciso prohibir a las mujeres que subieran al puente entre el anochecer y el alba; pero como las mujeres sentían demasiado calor en el fondo del barco, se revolviéron contra la orden, y una joven bailó sobre el papel en donde se había promulgado el ukase.

La segunda cuestión grave surgió en el Paraguay, porque Lane prohibió a sus compañeros el consumo de bebidas alcohólicas, y en castigo a la infracción de su orden expulsó a tres de la comunidad. Como el castigo era demasiado duro, porque esos tres infelices perdían, no sólo su trabajo de varios meses, sino también el dinero con que habían contribuido a la constitución de la Cooperativa, otros ochenta miembros de la comunidad se sublevaron contra el despotismo de Lane, y cuando llegó al Paraguay la segunda expedición australiana, Guillermo Lane se vió depuesto de la jefatura.

La colonia se disolvió pocos meses más tarde, a consecuencia del defecto básico de su constitución. Se ocupaba principalmente en la explotación de un bosque. Algunos de sus miembros eran fornidos obreros forestales; otros eran, por el contrario, soñadores, más amantes de la palabra que del hacha. Y como los productos de la colonia eran comunes para todos, según la constitución de la colonia, los más laboriosos se cansaron de trabajar para los más holgazanes.

Lane se mantuvo en el Paraguay hasta 1899,

luchando seis años por su sueño. La colonia vió agotarse sus almacenes y su crédito. Y cuando sus miembros no pudieron satisfacer las necesidades más elementales, se disolvió la «Nueva Australia», y algunos de sus miembros se volvieron a la antigua Australia, y otros se quedaron en el Paraguay, donde algunos se han enriquecido.

Años después pasó Guillermo Lane, desengañado, por las calles de Londres. Un amigo mío le preguntó en cierta ocasión cuál era el mejor método de gobernar a los hombres, y Lane, llevándose la mano al bolsillo trasero del pantalón, le enseñó el revólver. Había caído de una herejía en la contraria. Empezó a vivir creyendo que todo el mal les viene a los hombres de la coacción externa. Acabó figurándose que sólo de la coacción externa les puede venir a los hombres el bien. Ambos supuestos son igualmente falsos.

Su otro error fué más grave todavía. Creyó que la justicia consiste en dar a todos los hombres el mismo tratamiento, lo cual puede ser cierto, pero también la misma recompensa, lo cual ya no lo es. La justicia consiste en distribuir los medios de acción de tal manera, que a ningún hombre le faltén, ni a ninguno le sobren, los necesarios para realizar la función adecuada a sus talentos.

Lane tuvo su idea y la ensayó. La gloria de Lane no pierde gran cosa por que fracasara. La Humanidad aprende infinitamente más de las ideas que se ensayan y fracasan, que de las que se quedan ideas y no mueven los músculos. Después de todo, es muy posible que sólo fracasase por exceso de virtudes en Lane. Quizá de haber sido algo menos heroico, y un poco más flexible, habría prosperado.

Hace dos siglos y medio zarpó de las costas de Inglaterra, también en un barco de vela, el «Flor de Mayo», otra expedición cuyos miembros, los llamados después «padres peregrinos», no eran menos ilusos que los que fueron con Lane al Paraguay. Los «padres peregrinos» desembarcaron en Plymouth, al Sur de Boston, y fundaron allí una pobrísima colonia. ¿Sabéis cómo se llama en la actualidad? Los Estados Unidos de la América del Norte.

RAMIRO DE MAEZTU

DE LA VIDA ESTUDIANTIL



El futuro médico, abogado, ingeniero ó quién sabe qué, abandona la aldea, lleno de esperanza y entusiasmo, para encerrarse en las austeras aulas universitarias, donde ha de luchar por la conquista del "aprobado"

DIBUJO DE MARÍN



OLAS DEL MAR Y DE LA VIDA

¡Grandes, bravías y enrespadas olas,
magníficas, rugientes y soberbias!...
¡Montañas de agua de espumosa cumbre
trágicamente bellas!

¡Oh, cuántas veces comparé, al miraros,
esa pujanza irreducible vuestra,
con el necio orgullo y pompa vana
de las cosas terrenas!

Un viento suave como débil brisa
graciosamente con vosotras juega,

y jugando, jugando, vos extiende
sobre la mar inmensa.

Mas, poco á poco vuestro poderío
indomable y feroz, pierde su fuerza,
y, á la postre, morís humildemente,
filtradas en la arena...

¡Pompas y vanidades de este mundo

olas son de la vida, que se enrespan,
y rugen y se azotan y se extienden,
se embisten y atropellan,

vin'endo, al cabo de los breves días,
á inclinar su altivez y su soberbia,
su fuero, su poder y sus honores
en un poco de tierra!...

Diego SAN JOSÉ

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

CUENTOS ESPAÑOLES
EL PINTOR CIEGO



A la memoria del divino Beethoven

RECOSTADO en un amplio sofá, bajo el ventanal de su estudio, el pintor ciego medita, sueña despierto ó llora sin lágrimas.

La cabeza del pintor ciego tiene la expresión de la de un Cristo yacente. Sus ojos no ven; pero diríanse iluminados con claridad interior de resurrección y eternidad.

El estudio es muy claro, amplio y alegre. Hay en las paredes infinidad de cuadros. Paisajes luminosos, desnudos de mujer, bocetos, estudios íntimos, sin concluir muchos de ellos; toda la obra de un pintor genial que aporta al mundo del arte, con la valentía y la espontaneidad de los innovadores, un personalísimo y nuevo aspecto de la belleza. Hay también estatuillas de mármol, telas antiguas, yesos de esculturas clásicas, fotografías y toda esa multitud de cosas heterogéneas que se ven en los estudios. Sólo que aquí todo está ordenado, limpio y como en reposo. En un rincón, un piano, y sobre él, colgado en la pared, un gran retrato del divino sordo, con su gesto fruncido, los ojos profundos y la melena áspera y desordenada.

Cerca del pintor borda Angeles unas telas. Es hermosísima; tiene el pelo rojo y ondulado, la tez fresca y sonrosada de las mujeres que fulguran palpitantes en los lienzos venecianos; grandes, azules y soñadores, los ojos; la boca, de dibujo perfecto, se contrae en un rictus de suave amargura, y el pecho, casi descubierto, se agita anheloso, con palpitations rítmicas y frecuentes.

Se halla abstraída en la labor. No cesa la mano de pasar de un lado á otro de la tela. En el estudio sólo se oye el continuo tiqueteo de la aguja y, muy vagamente, el runrún de columna que sube de la calle.

Empieza á caer el sol. La cortina blanca del inmenso ventanal va adquiriendo, poco á poco, entonaciones amarillentas, sonrosadas, cárdenas y rojas. El estudio se oscurece insensiblemente, pasando por aquella transmutación de los colores del ocaso.

Pero el pintor no ve nada de aquello; murieron, seis meses antes, sus ojos, y esperan, inquietos,

que se realice el piadoso engaño de la resurrección prometida.

Angeles abandona la labor, yergue el torso, deja caer hacia atrás la cabeza en un gesto de cansancio y enervamiento, se pasa las manos por los ojos y dice:

—¡Ya no veo!

—¿Es muy tarde?

—Dieron las siete hace poco en la catedral.

—¡Y Florián sin venir!

—Ya no puede tardar, no te impacientes. Estoy cierta de que se habrá pasado la tarde estudiando la *Pastoral*, y, ya le conoces, cuando coge el violín se olvida de todo. ¡Está el pobre tan ilusionado, desde hace días, con hacerte oír esta obra, que apenas piensa en otra cosa!

—Pero, ¿habrá visto al judío?

—Sí; seguramente le habrá visto esta mañana. Así me lo prometió anoche, y cuando no ha vuelto con el cuadro es señal de que lo ha vendido.

—¡Ah, de eso puedes estar segura. Ese canalla de judío tiene talento; es el único que ha sabido comprenderme y adivinarme. Cuando haya acaparado todas mis obras por una miseria, lanzará mi nombre á la publicidad, abrirá una exposición y se hará aún más rico de lo que es con mis cuadros. Para mí la gloria, ¡y gracias!; el dinero para él.

Angeles y el pintor ciego reconcentran sus almas y las sumergen en la sima de un porvenir de sombras trágicas, en cuyo fondo se adivina el fantasma de la Muerte.

Angeles pregunta:

—Siempre tuviste conciencia de tu genio. ¿Por qué desfalleces ahora?

—Es que ahora dudo. Me parece que todo cuanto hice carece de alma, de espiritualidad. Creo que se ha desarrollado en mí la sensibilidad de un modo extraordinario y que el alma de las cosas se manifiesta en mi interior con una clarividencia que antes no poseía... ¡Oh, si recobrase la vista!... No sé, no sé; pero creo que después de estos seis meses... de este siglo de obscuridad, aprecio mejor el valor de la luz; que la íntima y callada reflexión ha ido armonizando los colores en mi recuerdo; que mi espí-

ritu los ha ido dotando de un alma que antes no tenían; que distingo un más allá antes ignorado, así como un mundo de nueva belleza que tiene algo de musical... qué se yo, algo que no acierto á explicar, pero que sabría expresarlo en los lienzos. Recuerdo todos mis paisajes y siento que les falta esa alma íntima, misteriosa, que tiene la Naturaleza. Ahora comprendo por qué la fantasía popular puebla los campos de genios fantásticos, y diríase que he adquirido un sentido con el cual distingo el porqué de la fecundación de la tierra, el poder amoroso de la savia y del polen que lleva el viento... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Tú, que todo lo puedes, haz que recobre la vista para expresar lo que sabe ahora mi alma! ¡Podré entonces hablar como un resucitado que revela el arcano de un más allá!... ¡No me condenes á esta muerte en vida!... ¡Un milagro, Señor, un milagro!

Al oírle, saca Angeles del pecho una medalla con la imagen del Redentor y la lleva precipitadamente á los labios del ciego. Su corazón de mujer siciliana quiere aprovechar aquel momento de fe y dice á su amante, como iluminada por mística esperanza:

—¡Reza! ¡Reza á Nuestro Señor y á su Santísima Madre!

Y ella, á su vez, se hinca de rodillas, besa la medalla y se pone á orar, transportada de fe. Parece una Magdalena tizianesca á los pies del cadáver de Jesús.

□□□

Se oyen unos golpecitos en la puerta; pero Angeles sigue rezando. Se repiten los golpes con mayor frecuencia, y Angeles no se levanta hasta después de haber terminado sus oraciones al *Signor* y á la *Santa Madonna*.

Abre al fin la puerta, y entra Florián con una caja de violín bajo el brazo. Tendrá el recién llegado unos sesenta años; pero va tan pobre y descuidadamente vestido, tan sucio y tan encorvado, que produce una impresión de extremada vejez. Lleva un sombrero blando, el pelo muy largo (no por presunciones bohemias, sino por descuido) y un gabancillo claro de un color indefinible. Entra andando á saltitos y frotándose las manos, como si tuviese frío.

Es íntimo amigo del pintor, á quien profesa un cariño paternal, y por el que siente una admiración inmensa. Músico exquisito, para él nada existe, fuera de su arte. Desde que su amigo perdió la vista, goza en regalarle el espíritu con la sensación de la música. Hace un mes que se prepara para interpretar ante él la sinfonía *Pastoral*.

—¿Por qué no abríás?—pregunta á Angeles.

—Perdone usted; estaba rezando. ¿Qué noticias nos trae?

—Buenas, muy buenas. Vengo contentísimo... Creo que al fin la domino... ¡Ya veréis, ya veréis! ¡Toda la tarde rasca que rasca el violín! ¿Y tú, Angeles, has estudiado mucho? Supongo que sí... Enrique, prepárate: hoy oírás la *Pastoral* por primera vez en tu vida... Claro que reducida sólo á piano y violín... pero ¡la expresión, la expresión!... ¡Por poco que ésta me ayude!...

—Bueno, ¿y de lo otro?

—¿De qué otro?

—Del cuadro, hombre, del judío...

—¡Ah! Es verdad... ya no me acordaba. Mete la mano en el bolsillo del pantalón, saca dos billetes de Banco y se los entrega á Angeles, sin dar al acto la menor importancia.

—Toma; no ha querido darme más.

—¡Doscientos francos! ¡Todo sea por Dios! No debió usted dejar el cuadro por ese precio.

—¿Por qué no, Angeles? Otro no le hubiese dado nada. Es irremediable; todos mis cuadros han de ir á parar á ese hombre. Así podremos vivir un año, dos quizá... después...

—¡Como me dijiste que no tenéis ni un céntimo y que tú no podrías entregar esos bordados hasta dentro de un par de semanas!...

—Has hecho bien, hombre, has hecho bien. ¿Qué otro remedio nos queda?

—Vaya, amigos míos, no hay que entristecerse, ¡qué diantre! Está asegurado el pan para unos días... Al diablo las penas y prepárate á oír la música del maestro de los maestros. ¡Del divino Beethoven! Al piano, Angeles, al piano, y á tocar con el sentimiento que tocas siempre.

Angeles y Florián se acercan al piano; aquélla se sienta, éste saca el violín de la caja, lo afina, se concertan los dos brevemente y vibran en el estudio, iluminado apenas con la postrera claridad del día, las primeras notas de la sinfonía *Pastoral*.

Los ejecutantes suplen la falta de los demás instrumentos que requiere la sublime obra beethoveniana, con la expresión de un sentimiento altamente poético y musical. No exageran las melodías con un sentimentalismo dulzón, no se duermen en los *pianos*, alargando las notas, ni hacen resaltar demasiado los fuertes para sacar sonoridades efectistas. Tocan en íntima compenetración con el genio del autor inmortal. El alma de Beethoven parece vibrar en el ambiente, que irradian de las notas las sensaciones que experimentó el maestro en la contemplación del campo y los raudales de poesía que brotaron de aquel espíritu selecto al componer esta obra divina.

ooo

Angeles y Florián tocan el último tiempo. Se ha hecho de noche; entra la luz de la luna por la claraboya del techo, llenando el estudio de una claridad misteriosa.

Y, entonces, en aquel himno de gracias que parece entonar un coro lejano. la sugestión que domina al pintor ciego exalta su alma á una especie de unción mística y de arte, que convierte en realidad las quimeras. Y, entonces, ven aún más sus ojos materiales. Primero fué

algo así como el espectro de la luz que distinguimos al cerrar los párpados; ese espectro que aparece, se agranda, disminuye, desaparece, vuelve á aparecer... Y aquella forma indecisa, ilusión de la retina, fué, poco á poco y vagamente, adquiriendo la figura de Beethoven, determinándose ésta cada vez más, hasta surgir de la nada como una silueta violácea, como una forma espiritual de ensueño.

Pareció que las vibraciones musicales se transformaban tomando aquella figura en el espacio, y el maestro, el divino Beethoven, apareció ante los ojos muertos del pintor y posó en él una mirada de amor fraternal. Ya no tenía la visión incorpórea, el gesto adusto, la mirada honda é interior que tuvo en vida; su rostro gozaba de una placidez risueña de infinita bondad y de seguro reposo.

Vió el pintor flotar el espectro en el espacio y se puso en pie con la rigidez del alucinado.

Y mientras los músicos tocaban las últimas notas de la *Pastoral*, la vaga sombra del genio que la creó se adelantaba, amorosa, hacia el pintor ciego, hacia el hermano que, como él, sufría en vida el dolor intensísimo de haber muerto para su arte. Y el hombre creyó sentir en la frente el beso del espíritu.

Callaron el piano y el violín. El espectro se desvaneció en la sombra, y el pintor volvió á sumergirse para siempre en la negrura de su ceguera.

Angeles y Florián le hallaron en pie, rígido, con la melena en desorden y los brazos extendidos hacia el espacio.

Volvió en seguida el artista á la realidad. Se echó, nervioso, en brazos de su amante, y murmuró á su oído:



—¡Le he visto!... ¡He visto al maestro! ¡He visto á Beethoven!

Siguió hablando exaltado, atropelladamente, y contó á los músicos que había visto el campo, las praderas verdes, el arroyo, los campesinos, la tempestad, todo, con los ojos mismos con que veía antes las cosas.

ooo

Para calmarle, quisieron Angeles y Florián hacerle respirar el aire fresco de la noche. Descubrieron la cortina, abrieron las vidrieras, y, subiéndose los tres en el sofá, se pusieron á contemplar el panorama que se extendía á sus pies.

La luna iluminaba la ciudad. Una calle ancha se extendía frente á la ventana, casi en línea recta, iluminada profusamente por el alumbrado público y las luces eléctricas de los comercios, los cafés, los casinos, los anuncios luminosos de mil colores. Al extremo de la calle se levantaba resplandeciente el Gran Casino, rodeado de terrazas amplias y de pintorescos jardines, con su regia escalinata de mármol y sus elevadas columnas greco-romanas. Por entre el laberinto de tejados y azoteas, á la indecisa luz de la luna, se veían elevarse infinidad de torres, de cúpulas, de masas de piedra de diferentes órdenes arquitectónicos. Una catedral plateresca parecía presidir toda aquella inmensidad de edificios.

Después se veía el campo, y más allá, al final de una inmensa línea quebrada, el mar, el sagrado mar latino, acariciado por el astro de la noche con reflejos de plata.

Desde la ventana se veían llegar rítmicamente las blancas líneas de espuma de las olas, quebrarse en la playa y ceder el sitio á otras, y á otras más, y siempre el mismo asalto de las cintas blancas que llegaban, unas tras otras, de lo lejos.

Junto á la playa se extendía la inmensa terraza del Gran Casino, llena de mesitas cubiertas con blancos manteles, rodeadas de tiestos, y entre las cuales circulaba una multitud de seres cosmopolitas, ávidos de gozar de aquella espléndida noche de primavera.

El pintor ciego siguió hablando:

—¡Era su espíritu! Brotó de las notas musicales, que le han hecho inmortal. Ahora sé que el alma del genio sigue viviendo en su obra, que la muerte es un mito... Vosotros, los que podéis contemplar ese edificio del Gran Casino, esa catedral, las obras de arte que los embellecen, veis el alma de los artistas que inventaron esas columnatas griegas, esos adornos platerescos, esas creaciones que ennoblecen la vida...

No sé si esta ceguera mía será eterna, es decir, si será mi muerte, porque yo, sin luz en los ojos, soy un cadáver; pero, vea ó no, ya sé que cuanto produje, que el genio que me lo hizo crear, se transmitirá á toda esa multitud que oigo bullir desde aquí; sé que mi espíritu flotaré en el ambiente al lado de todos los que crearon algo... ¿Qué importa mi dolor presente? Nuestra materia no significa nada en la vida, somos todo espíritu... Venga la muerte cuando quiera; mi alma queda en mis obras y revivirá en la multitud... aunque ahora esa multitud me ignore y me desprecie y el judío beba mi sangre...

Desde la terraza del Gran Casino llegaron hasta el estudio los acordes de la obertura de *Leonora*, amortiguados por la distancia. El alma de Beethoven volvió á llenar el espacio...

Y unos pobres músicos, ignominiosamente vestidos de frac rojo y calzón corto de seda, transmitían á la alegre multitud la sensación del arte divino, mientras uno de ellos, bandeja en mano, pedía, de mesa en mesa, el pago de su trabajo como una limosna.

FRANCISCO ARIMON MARCO

DIBUJOS DE BARTOLOZZI



Dibujos de Rafael Kirchner

DESDE PARÍS
EN MEMORIA DE RAFAEL KIRCHNER

RAFael Kirchner, de origen austriaco y nacionalidad inglesa, fué el más parisiense de los dibujantes contemporáneos; y sin discusión posible, fué también el artista de mayor talento, entre todos los artistas que se formaron y brillaron en París, de diez años á esta parte.

Admirado por el público, solicitado por los editores, disputado á precio de oro por los marchantes, Kirchner era un mago cuya vara encantada—el lápiz—sabía trocar un pliego de acuarela en un fajo de billetes de Banco; y esto sin poner un solo átomo de prosa ni de vulgaridad en el áureo alambique de su alquimia...

Rafael Kirchner fué un maestro; un gran maestro que tuvo la suerte de hacerse comprender y el acierto de hacerse pagar.

ooo

Así ocurrió que, en los tiempos de *l'avant guerre*, Kirchner fué uno de los hombres más envidiados de París. La gusanera de los rivales impotentes, de los imitadores y de los plagarios que se esforzaban inútilmente en arrebatar á Kirchner su indiscutible señorío del arte y del mercado, se agitaba en la sombra de los cenáculos de «incomprendidos», y allí murmuraba, intrigaba y difamaba...

Contra Kirchner se esparcían entonces cien calumniosos *on dit*, cien cobardes «se dice»... Se decía que era *extranjero*... Se decía que tal vez no fuera del todo ajeno al servicio de espio-

naje enemigo... Se decía que el éxito financiero de sus exposiciones no tenía justificación lógica, y que «todo aquello» encerraba algún tenebroso misterio...

Pero como entonces no «era la guerra», y el espíritu de las gentes conservaba todavía una apariencia de equilibrio, á todos esos rastros «se dice» contestaba el *todo París* de la inteligencia, de la elegancia y de la riqueza, consagrando á Kirchner como supremo intérprete gráfico del alma femenina, del alma bruja de París...

ooo

Mas llegó la hora maldita de la guerra, y con ella la de la venganza ruin, para toda la gusanera de los rivales impotentes, de los imitadores y de los plagarios... Ellos sabían que Rafael Kirchner había nacido en Austria... ¡Qué ocasión magnífica para dar al traste con el de otro modo irreducible maestro, delatándole su origen y enviándole á pudrirse en algún campo de concentración...!

Por fortuna, Kirchner pudo oponer á los deseos de sus enemigos una carta de naturalización en Inglaterra y el amparo del Consulado inglés en París. Como súbdito británico, el artista pudo conservar su libertad personal; pero como la ley se hizo para ser burlada, encontraron los leguleyos un enésimo artículo, según el cual, si Kirchner era inglés en Inglaterra, podía no serlo en Francia, y, por lo tanto, no había

de consentirse su residencia en tierra francesa.

Kirchner fué, pues, expulsado, con breves horas de plazo para trasponer la frontera.

Marchó de París el que era hijo espiritual y predilecto de la Villa-Luz, dejando en ella su obra y su alma... Una y otra quedaron en el enojado estudio del maestro, allá en lo alto de Montmartre, en aquel estudio en donde se desvistieron, para ofrecer su belleza á la inspiración del artista, las más bellas mujeres de París; en aquel estudio que, en la corriente luminosa y sonora de la vida de Kirchner, había sido remanso de ensueños y de labor, de amores y de perfumes, de suspiros y de besos...

ooo

El odio, hijo de la envidia, respetó durante algún tiempo aquel santuario... Pero un mal día, uno de los raros periódicos que en París cultivan á la vez la xenofobia y el *chantage*, alzó la voz para preguntar por qué razón, siendo Kirchner austriaco en Francia, aunque inglés en Inglaterra, no habían sido secuestrados y vendidos sus bienes...

Y como esos bienes de Kirchner eran sus obras, y no estaban al alcance de la ley, porque los amparaban las nacionalidades inglesa, norteamericana ó francesa de sus editores, la envidia se ensañó con lo único que quedaba á su merced, confiado ingenuamente á su hidalguía, y esto era el enojado estudio montmartrense:

los muebles antiguos, comprados con las primeras y laboriosas economías; los *bibelots*; las armas; los tapices; los divanes; los pebeteros; los libros; los apuntes; los cuadros... A toda esta paz de las cosas amadas, cuyo amor era lejano, atentó el odio; y las cosas amadas de Kirchner se esparcieron á los cuatro vientos de las denigrantes subastas...

ooo

Aún ha hecho el odio más... Ha tratado de ultrajar la memoria del maestro, al saber que el maestro había muerto en el destierro, allá en New York...

La misma hoja á que antes he aludido, publicó días pasados este peregrino comentario, á guisa de necrología de Kirchner:

«Kirchner fué un mal dibujante que envileció el arte francés, cultivando un género pornográfico y haciendo de él portavoz que esparcía por el mundo esa falsa leyenda de que la mujer parisiense es frívola.»

Esto, en fuerza de ser ridículo, podría ser disculpable si tal juicio se inspirara tan sólo en la necesidad de su autor; pero si Kirchner viviera, él

podría decir de qué avatares de un *tapage manqué*, ó de lo que en España llamamos «un sablazo en hueso», deriva tan estúpido ensañamiento.

Además, si cultivar con el lápiz esa leyenda de la frivolidad femenina parisiense es delito de lesa Francia, ¿por qué le siguen perpetrando, ese delito, los dibujantes franceses como Hérouard, como Maurice Millière, como Suzane Meunier y como A. Pénot, los que ilustran *La Vie Parisienne* y editan series de estampas y de postales en las que aparecen las mujeres parisienses en ropas ínfimas, ó sin ropa alguna, y para mayor agravio, colgadas del cuello de todos los soldados aliados que hoy pisan el suelo de Francia, ¡y que son unos cuantos!...? La obra de esos ilustradores y dibujantes citados, no sólo es pornográfica—la de Kirchner no lo fué jamás—, sino que, además, es de muy mal gusto, sin contar con que no hay en ella la centésima parte de la belleza y del arte que Kirchner puso en sus dibujos...

ooo

Es, pues, bien romper una lanza por la buena

memoria de Rafael Kirchner. Ya se han roto otras lanzas de más prestigio que la mía, por acá, en manos de publicistas y críticos franceses incapaces de injusticia. Y las revistas de arte inglesas consagran actualmente al recuerdo de Kirchner la mitad de sus páginas.

Kirchner amó á Francia como yo la amo: con todos los amores del artista y del hombre... Si Francia, en esta hora, paga á Kirchner con aparente ingratitud, no es que esa ingratitud sea verdadera ni definitiva, sino efecto, tan sólo, de un momentáneo apasionamiento... Más tarde, las corrientes desbordadas volverán á su cauce, y esta dolorida y épica Francia de hoy tornará á ser, como antes, la comprensiva, hospitalaria y dulce Francia.

Entonces volverán á sepultarse en la sombra de los cenáculos esas envidias que hoy, bajo el huracán, recogen frutos de odio y de rencor, y París dedicará un recuerdo conmovido y melancólico al gran artista que fué Rafael Kirchner, el más parisiense de los dibujantes contemporáneos.

ANTONIO G. DE LINARES



TENTACIÓN

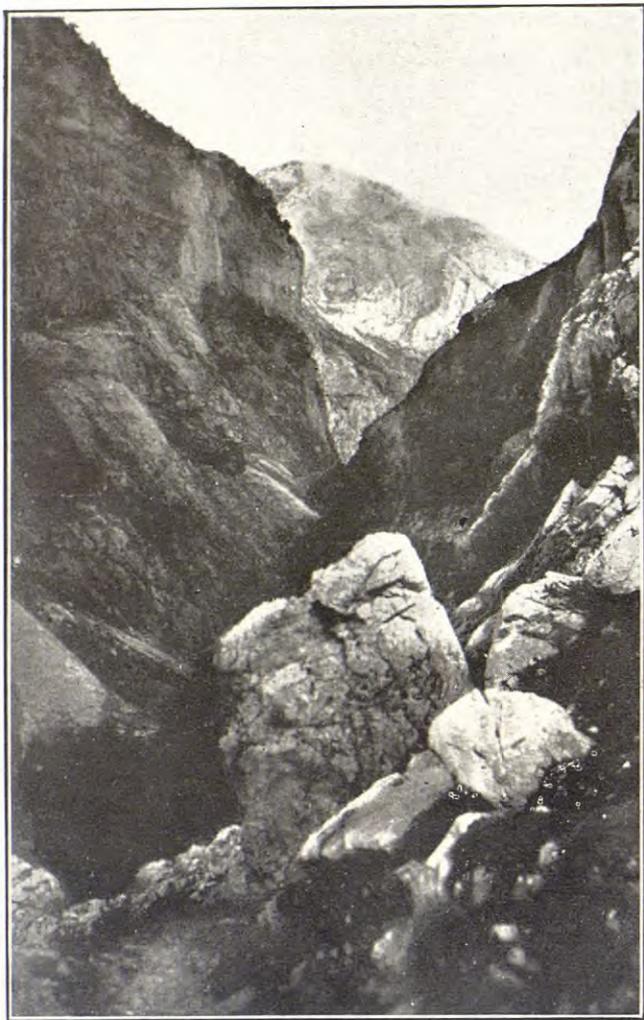
(Dibujos de Kirchner, de la serie titulada "Los amores de Pierrot")



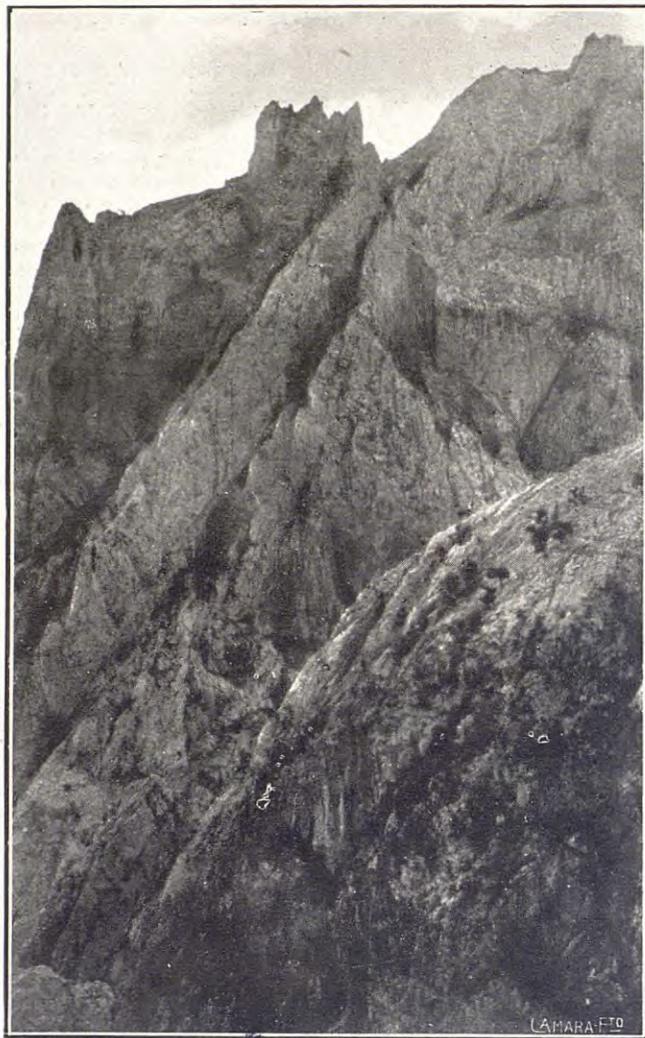
SUEÑO

PAISAJES ESPAÑOLES

UNA EXCURSIÓN A LOS PICOS DE EUROPA



Grandiosa perspectiva de la Garganta de Bulnes



Escarpados en la confluencia del río Bulnes con el Cares

EN el Sardinero, el conquistador del Naranjo de Bulnes, el intrépido marqués de Villaviciosa, cuyo nombre pronunciamos descubiertos cuantos hemos llegado á los pies de la roca gigantesca, me dijo:

—Dentro de breves días estaré en el lago Enol, cerca de Covadonga; allí le espero.

—Iré desde la Hermida, atravesando los tres macizos que constituyen los Picos de Europa. Solamente un resbalón podrá hacerme faltar á la palabra, y eso si se trata de resbalón de la segunda clase (ya sabe usted que allí los hay de dos: de árnica y de resposo); que si es de la primera, llegaré al sitio de la cita.

Y, en efecto, el 11 de Agosto, acompañado de mi hijo Leopoldo, que debutaba de alpinista, y del catedrático de la Normal de Maestros de Madrid y entrañable amigo Esteban G. Bellido, emprendimos la marcha hacia los Picos.

Tren de Santander á Unquera, automóvil (de la época del Reno) hasta la Hermida, recorriendo aquella carretera aprisionada entre los enormes murallones que forman la garganta por donde corte el Deva, y en la Hermida, fin de los medios modernos de locomoción y principio del antiguo y ya desacreditado *pedibus andantis*.

Sin más pérdida de tiempo que la indispensable para comer y visitar el salto de agua del Vidon, nos lanzamos á la conquista de las cumbres del macizo occidental, comprendido entre los ríos Deva y Duje, y designado con el nombre de Sierra de Andara.

Horas y horas de caminar á oscuras, acaban por angustiarnos. Yo vi un día de sol radiante y una noche de luna llena en aquellos parajes, y el recuerdo de su espléndida belleza me indignó aún más contra el destino, que nos ciega ante maravillosas perspectivas.

A las dos de la tarde hemos alcanzado 1.800 metros. Estamos llegando á la cumbre, al pie del

pico «Mancundio», por cuya base pasamos conteniendo la respiración, pues el guía nos ha advertido el peligro de los desprendimientos de peñascos, que pueden aplastarnos.

Al terminar aquel paso nos sentamos á descansar, descorazonados, perdida toda esperanza de contemplar aquellas crestas rocosas, de salvaje belleza, y aquellos inmensos horizontes que desde las cimeras se divisan, y cuando más abatidos nos hallábamos, un rasgón violento de la niebla nos muestra en todo su esplendor, en toda su grandeza, todo el enorme picacho de Mancundio, destacando su mole oscura sobre un cielo de azul purísimo.

La tarde caía y era preciso abandonar aquellos parajes.

El descenso hasta Sotres, que hacemos á la siguiente mañana, nos proporciona un bello espectáculo al descubrir las grandiosas cumbres del macizo central.

En Sotres queremos adquirir comestibles y buscamos un comercio, una taberna. En Sotres no hay nada de esto. Un virtuoso sacerdote nos alberga en su casa humildísima, y gracias á él podemos yantar á manteles.

Proyectamos al día siguiente atravesar el corazón de los Picos.

Remontamos el collado, y á la hora y media de marcha surgen á nuestra izquierda, imponentes, las cumbres del macizo, y, poco después, aparece erguido, majestuoso, con altivez de emperador, el coloso de los Picos: el Naranjo de Bulnes.

Es una roca de 510 metros de elevación, casi perpendicular por la parte Oeste, que hundió sus pies en los abismos y corona su frente de nubes.

La visión del gigante produce una impresión de terror, de asombro, que suspende el ánimo. Zabala, el intrépido alpinista, ha escrito á los pies de aquella mole:

«Dos hombres aseguran haber remontado el

Naranjo; lo creo porque lo dicen ellos; pero para creerlo necesito estar lejos del Naranjo, no tener los prismáticos, con los que hemos estado escudriñando la parte Norte, única accesible, durante tres horas... Necesito estar lejos, porque para creerlo delante del gigante, tendría que presenciar la ascensión... Sin embargo, no debo dudar, porque lo afirman dos hombres.»

Ciertamente; la duda se apodera de nuestras almas ante la espantosa roca lisa, pulimentada por las aguas y asentada sobre un abismo de negras fauces que infunde horror en el corazón mejor templado.

Y, sin embargo, no son ya dos, sino cuatro, los hombres que hollaron la cúspide.

Sus nombres resuenan en aquellas gargantas, en aquellos collados y en los pueblos y majadas, como debieron resonar los de los héroes y semidioses en las remotas épocas de los pueblos primitivos. Pidal, el Cainejo, el alemán Schulze y Víctor de Camarmeña, tienen aureola de gloria.

La contemplación del Naranjo nos ha llevado un par de horas. El cielo está amenazador y el trueno resuena lejano. Volver á Espinama es una temeridad, y atravesar el macizo aquella tarde, mayor aún. Decidimos avanzar hacia Bulnes y nos resignamos á pasar otra tarde en compañía del cura del pueblo, repitiendo las sabias palabras del Zaragozano: ¡Dios sobre todo!

Para hundirse (es la palabra exacta) en Bulnes hay un camino por el cual nos aseguran que pasan las vacas, los *jatus* y *too* el género humano.

Nosotros apenas lo creímos, y negaríamos rotundamente que el género humano pudiese caminar por aquellos andurriales, si no nos hubiésemos visto en la terrible necesidad de hacerlo, no sin continuas caídas del amigo Bellido y de mi hijo, que van evocando la Pasión del Señor, camino del Calvario.

Esto de los caminos de los Picos merece explicación que sirva de aviso á los viajantes.

Se dividen en carreteras, nombre hiperbólico, que indica capacidad para el tránsito de caballerías (carros casi ninguno); caminos de vacas y, por último, de cabras. Cuando os digan que hay caminos de vacas, echaos á temblar, y si os advierten que es de cabras, encomendad vuestra alma á Dios y pensad con envidia en vuestros herederos.

Oculto entre los altísimos montes que amenazan eternamente con derrumbamientos de enormes peñascos y en invierno con los aludes, cerrado por todas partes el horizonte á pocos metros por los murallones de piedra, produce una impresión de angustia y de terror, que procuran aumentar los lugareños relatándoos sus miserias, sus trágicas muertes, su lucha brutal con aquella Naturaleza agresiva, que les convierte en juguete de sus fuerzas ciegas.

Y os muestran, á cien metros del pueblo, las recientes señales de un derrumbamiento de piedras que, por milagro, no aplastó á Bulnes entero; más allá, el sitio donde murieron cinco personas, á las que alcanzó un alud; allá, donde se despeñó un hombre; al otro lado, una vaca. Un cabrero nos muestra el sitio donde hay una cabra que fué suya, pero que se ha hecho salvaje y no puede recuperarla, por ser imposible el acceso á donde ella se encuentra. Os dicen que en Bulnes no hay correo, que el médico, cuando le llaman, cobra cuarenta pesetas por visitarlos, y no es preciso decir que el 99 por 100 mueren sin asistencia facultativa.

Y estos relatos, escuchados bajo aquellas moles pedregosas, á las que constantemente dirigimos miradas de espanto por parecernos que van á hundirse, y encerrados en aquella prisión, llegan á producir una depresión espiritual y un ansia de horizontes abiertos, que se desea ardentemente salir de aquellos lugares para respirar, libres de aquella pesadumbre que causan los barrancos.

Otra tarde mortal pasamos allí. El agua caía á torrentes. El destino nos impedía realizar nuestro programa; pero ¿quién sería el valiente que bajo aquel aguacero atravesara el macizo central? La respuesta nos la da el guía, trayendo, ya de noche, la noticia de que acaba de llegar un alpinista catalán que viene de Espinama; es decir, que ha hecho lo que nosotros pensábamos.

Corro á conocer á aquel sér extraordinario, y lo hallo secando sus ropas al fuego de la cocina. Al verle, comprendo que haya sido capaz de hacer la travesía. Es un joven de acero empavonado. Su piel deja señalar los huesos y los múscu-

los, que parecen tensores de aeroplano. Pablo Badía (que así se llama) es un alpinista formidable que ya ha recorrido los Pirineos, y en los Picos lleva catorce días, yendo de aquí á Gredos, y así hasta recorrer todas las montañas españolas. Su guía me elogia la pasmosa agilidad que tiene Badía para andar por las rocas, y, en efecto, á la mañana siguiente, me acompaña á remontar Balcusín para de allí obtener fotografías del Naranjo, y me convenzo de lo bien que marcha por la montaña. Mucho mejor que yo, que, humedecidas mis alpargatas por el rocío, doy, cada tres metros, un resbalón de los de responso, y gracias á que él me presta su bastón, no doy el disgusto final á mis acreedores.



El límite de las provincias de Asturias y Santander

A nuestro regreso de Balcusín (á donde el guía nos dijo que habría un kilómetro, ¡y tardamos tres horas!), nos unimos á los demás que nos esperan, y acompañados del cura de Bulnes y varios vecinos, emprendemos la marcha hacia Huston, no pudiendo hacerlo hasta Caín, como era mi deseo, porque cerca del pueblo el camino se corta, y hay que subir por una escalera de mano de cuarenta peldaños, donde á algunas mujeres es preciso atarlas para que no se despeñen. Caín es mucho peor que Bulnes. En la confluencia del Bulnes con el Cares, cerca de Camarmeña, hallamos á Víctor, que nos cuenta su ascensión al Naranjo.

Dice que subió sin aparato alguno ni cuerdas, sino que hasta no se quitó las corizas (albarcas) que tardó una hora en subir, de diez á once de la mañana, y otra en bajar, de cuatro á cinco de la tarde. Que arriba se entretuvo en arrojar las piedras de los castilletes que hicieron Pidal y el Caíejo, y que halló la cuerda que aquéllos dejaron colgando de un pedrusco. Afirma que lo único que se precisa para subir es no tener miedo y saber agarrarse como él á la roca con la yemas de los dedos, y, por último, que está dis-

puesto á escalar el Naranjo cuantas veces se lo ordenen. La ascensión la hizo el 31 de Agosto del pasado año.

En el Puente de la Haya nos despedimos de él y de Badía, que va á Camarmeña á bailar (¡qué humor!), y nosotros tomamos el camino de Huston, que, según nos dicen, es primero carretera, después de vacas y, por último, de cabras.

Renuncio á describir el tal camino, y sólo diré que, pasados algunos sitios, le contemplábamos, y nos parecía mentira que hubiésemos tenido valor para atravesarlo.

El cielo nos obsequió con un buen aguacero, y á las cuatro de la tarde llegábamos á la majada de Terio, que nos acompañaba, donde hizo andar buen montón de leña, á cuyo fuego secamos nuestras ropas, y cenamos un huevo duro, una pastilla de chocolate y leche.

En el Palace Henil, como bautizamos al pajar de Terio, hundimos nuestros cuerpos en la olorosa y picante hierba seca, quedando dormidos como unos benditos los guías y yo, hombres avezados á estas cosas, y Bellido y mi hijo velando nuestro sueño, porque *no se hacen al lecho*.

Cinco kilómetros dicen que nos faltan hasta el lago Enol, cinco que yo elevo al cubo, porque esta gente no tiene idea exacta de lo que es la diezmillonésima parte del meridiano que pasa por París, y, en efecto, un barranco, y otro, y otro, y un repecho, y otro, y otro. Total, los cinco kilómetros nos llevan desde las seis de la mañana

á las doce, hora en que podemos contemplar el lago; pero, ¡ay!, que está desierto. ¡Ni un alma, ni un marqués!

En la cantina de las minas de Bufarreda acordamos proseguir á la tarde la marcha hasta Covadonga y allí tomar el tren para Arriandás. Llevamos cinco días andando. ¡Qué bien debe irse en el tren!

El cantinero, que nos oye, sonríe y nos advierte que por ahora no disfrutaremos de ese placer, pues hace cinco días que se declaró la huelga de ferroviarios y no circula tren alguno.

Covadonga. Presentación de tres hombres en estado salvaje. Aseo general. Santuario.

El hada Casualidad nos depara un coche al siguiente día, y al anochecer de él nos acogen, en Ribadesella, los brazos amigos de D. Mariano Zavala, gerente de esta Empresa.

Un tren militar hasta Llanes. Gratis, pero con emoción. Parada y fonda. Otro, ya ordinario, hasta Santander, y entrada en la capital de la Montaña bajo el mismísimo ó parecido chaparrón con que nos obsequió á la salida. ¡Dones del cielo!

L. ALONSO



El camino hacia Caín remontando el Cares



FOTS. ALONSO El grandioso Naranjo de Bulnes y las crestas del macizo central

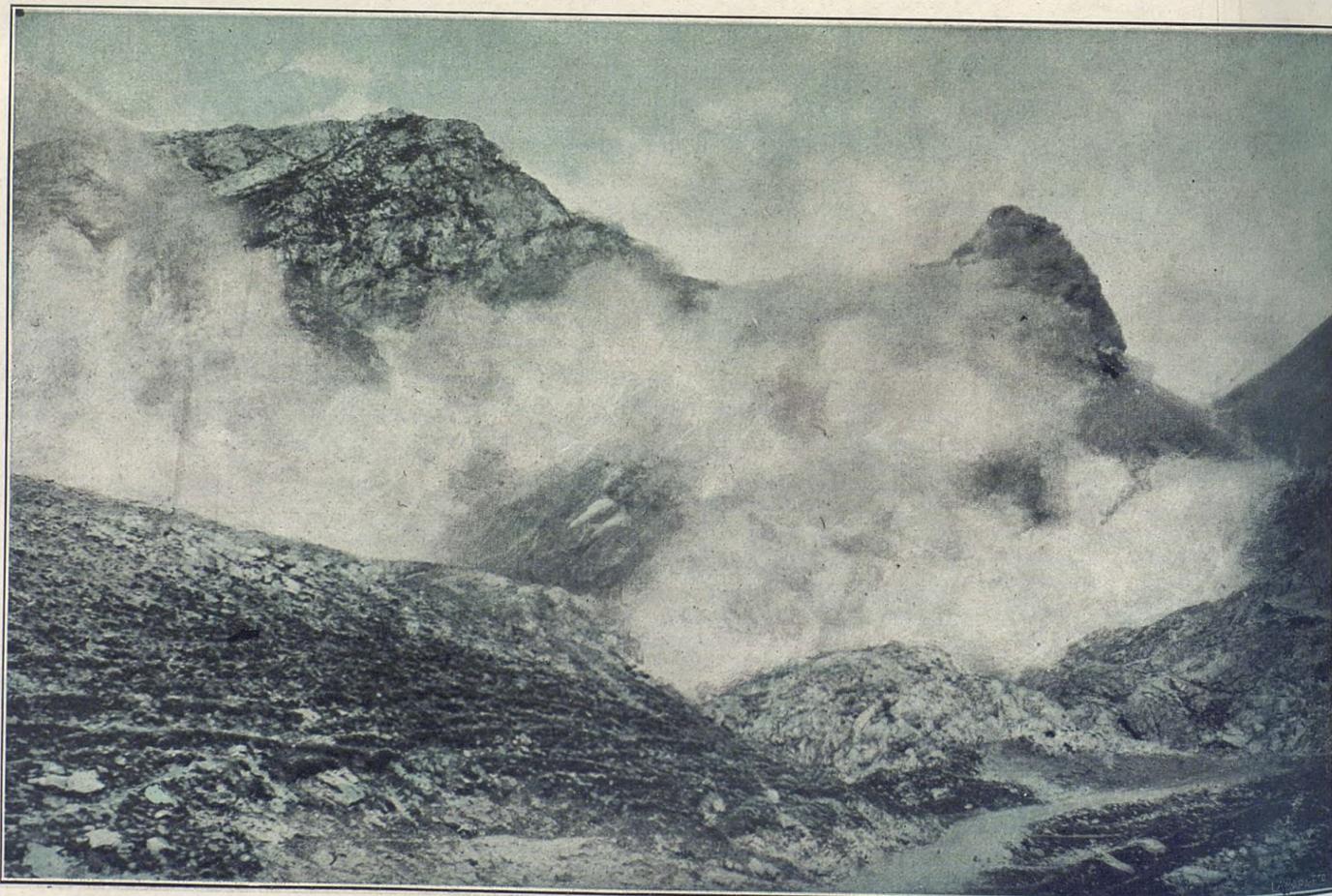
LOS PICOS DE EUROPA



Las vegas de Sotres y el pico del Bozo



Mar de nubes en la canal de San Carlos, visto desde La Inagotable



El pico Manludio, en el macizo oriental



El pintoresco pueblecito de Sotres

FOTS. ALONSO

Artagnan y los tres mosqueteros

AHORA resulta que Artagnan y sus compañeros Athos, Porthos y Aramis son personajes de tan absoluta realidad como M. Alejandro Dumas, padre, de cuya ardiente fantasía juzgábamos que eran hijos.

Yo me he enterado del caso leyendo en la biblioteca de la Real Academia de la Historia un libro regalado por su autor, M. Jean Jurgain, ya conocido ventajosamente por varios trabajos de erudición. De ese libro, que habrán saboreado poquísimos españoles, quiero hablar á los lectores de LA ESFERA, seguro de que han de ver con agrado cuanto se relaciona con *Los tres mosqueteros*, novela que, después de ser recreo de la juventud de nuestros padres, ha sido encanto de nuestra niñez.

Forzoso es declarar que si las obras literarias aún deleitan á las gentes, no apasionan ya como en los tiempos pretéritos en que escribían Víctor Hugo *Nuestra Señora de París*, Eugenio Sué *El judío errante*, y Alejandro Dumas crecida porción de novelas históricas en que el anacronismo no enseña su fea catadura con demasiada frecuencia.

Hoy se lee menos, quizá porque las narraciones de maravillosas aventuras y la novela de capa y espada han pasado de moda, y al vulgo, lo que nada le sorprende, poco le interesa. Interesar por medio de lo imprevisto, aun deformando los nobles moldes de la realidad, fué el secreto de los grandes novelistas del siglo XIX y la causa de los recientes triunfos de Conan Doyle. Generalmente, los escritores contemporáneos, cinceladores de la frase y esclavos de la verosimilitud, gozan de un público, aunque selecto, como educado en la lectura de los mejores estilistas de todos los países, escaso, reducido; por eso ninguna de las modernas novelas, ni aun aceptando como tales algunos libros que sólo tratan del supremo vértigo amoroso, ha logrado alcanzar el número de ediciones que *Los tres mosqueteros*.

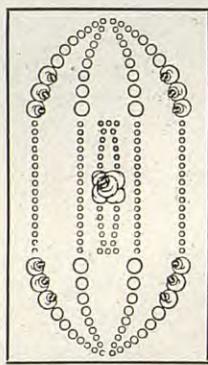
Un detalle que denota la popularidad de esa novela del maestro Dumas, es la cantidad de obras escritas, por franceses, y no franceses, con el designio de explotar los nombres, en toda Europa famosos, de Artagnan, y sus compañeros de armas y fatigas.

Yo recuerdo la novela de P. Mahalin titulada *El hijo de Porthos*, que insertó en su folletín *El Imparcial*, hace algunos años; *El otro Artagnan*, narración muy interesante de Carlos Rubio, que fué publicada, me parece, en *Las Novedades*; el libro de Albert Blanquet *Les Amours d'Artagnan*, que editó Huyllery con extraordinario lujo de grabados, y, en fin, *El hijo de Artagnan*, historia escrita por el ingenio popularísimo que creó á Enrique de Lagardere. Ocioso me parece decir que las obras por el estilo cuyos títulos ó nombres no acuden en el presente instante á mi memoria son muchas más, y que deben de formar legión las que desconozco absolutamente.

Todo esto patentiza que Jurgain no ha malgastado su tiempo escudriñando en varios archivos franceses datos genealógicos de los cuatro

Tales son los personajes que nacieron, gozaron, sufrieron y se extinguieron obscuramente como la generalidad de los humanos. Los potentes músculos de Porthos y aquella su muerte entre las rocas desencajadas de un monumento megalítico, suceso que parece horrenda pesadilla; la aristocrática melancolía de Athos, sus negras desventuras y el hijo que tuvo de María de Rohan; los amores del presumido Aramis con Mme. de Chevreuse y Mme. de Longueville, así como su nombramiento de general de los jesuitas, todo ello pertenece á la exuberante fantasía del autor insigne de *El conde de Montecristo*.

Del caballero Artagnan trae Jurgain multitud de noticias. Se apellidaba Batz de Castelmoré; mas, como dos de sus hermanos que sirvieron antes que él en los mosqueteros, se hacía



Artagnan, Athos, Porthos y Aramis



ALEJANDRO DUMAS (padre)

mosqueteros, y ratificando diversas anécdotas de las contenidas en las *Memorias* que publicó en el siglo XVIII el señor de Sandras, *Memorias* no enteramente desconocidas de las gentes, pero que á nadie inspiraban confianza completa.

En su libro *Troisvilles, D'Artagnan et les trois mousquetaires*, M. Jurgain demuestra que Porthos, natural de Pau, como Enrique IV de Francia, era hijo de un consejero del citado Rey; que Armando de Silligüe d'Athos, á quien Dumas dió el título de conde de la Fère, murió en París, hacia 1643, probablemente en duelo, y que Aramis—el cual no había tomado caprichosamente este nombre, anagrama de Símará, sino que lo heredó de sus antepasados—jamás fué obispo de Vannes ni duque de la Alameda.

designar y firmaba con el nombre de unas tierrecillas propiedad de sus padres, por el cual era generalmente conocido. Fué caballero de la Orden, y murió á 25 de Junio de 1673, delante de Maestricht, conforme se cuenta en *El vizconde de Bragelonne*.

Mazarino le protegió bastante, y Luis XIV, que le otorgó no pocas mercedes, apadrinó, para honrarle más, al mayor de sus hijos, Luis Batz de Castelmoré, que fué bautizado por Bossuet, el obispo preceptor de monseñor el Delfín.

Leyendo cuanto dice M. Jurgain de las *Memorias* redactadas por el señor de Sandras, se advierte que aunque Alejandro Dumas las debió utilizar para escribir *Los tres mosqueteros*, se separó de ellas á la continua, teniendo el buen gusto de olvidar algún pasaje amoroso poco edificante y otros de escasa pulcritud, como el combate de Artagnan y Aramis con dos caballeros ingleses cierto día en que el segundo de aquellos fraternales amigos se había propinado una regular purga.

La escena representada en París no ha muchos años por M. de Boissandré, tuvo un precedente en ese lance serio-jocoso, bien que el galán ex mosquetero se condujese durante la lid de muy distinta manera que el caballero citado, quien verdaderamente no era de la piel de Oliveros ni de Roldán.

Hay algo, sin embargo, en ese encuentro de ingleses y franceses que aprovechó Alejandro Dumas en su libro: la causa y la ocasión.

En *Veinte años después* se refiere que al volver de Londres los cuatro amigos, luego de sucesos que muchas veces hemos echado de menos



— ¡Huye, Artagnan! ¡Adelante, adelante!
(De una edición de *Los tres mosqueteros*)

al estudiar la gran revolución inglesa—de tal forma admirable el novelista supo tejer la fábula alrededor de la historia—, al volver de Londres, repito, sostuvieron Aramis y Athos, en presencia de la viuda del rey Carlos, una discusión violenta con los señores de Chatillon y Flamarens.

De esta discusión surgió un duelo en que el abate Herblay dió muerte á su adversario. Pues bien, según las *Memorias* de Sandras, la cuestión fué suscitada por el caballero bearnés, quien al regresar de Inglaterra, algunos años antes de la tragedia de White-Hall, censuró acremente, delante de la Reina Enriqueta y de varios ingleses, la conducta de éstos, posponiéndolos á los escoceses, de quienes, en verdad, aún no se podía decir:

*The forsworn scot
sold his master for a goat.*

Falta en el libro de Jaugain, é ignoro si forma parte de las tantas veces mencionadas *Memorias*, pues sólo las conozco de referencia, una anécdota relativa al audaz capitán de mosqueteros, que ha sido publicada por Touchard Lafosse en sus notables *Crónicas*.

Como se me figura que no está desprovista de interés, voy á referirla:

En el año de 1667, Luis XIV, acompañado de numerosos cortesanos y de lucidísimo ejército, invadió bruscamente los Países Bajos, dando principio de esta suerte al brillante paseo militar llamado en la Historia «guerra de devoción».

Carlos de Batz, que con las tropas á sus órdenes había seguido al rey de Francia, maldecía la penuria del propio bolsillo ante las elegancias y esplendores de los soldados de M. Maulevrier, jefe de la segunda compañía de mosqueteros. Cierta día, una joven viuda, por cuyos lindos ojos—sinécdoque se llama esta figura—había sus-

pirado vanamente el gascón, presentóse en el campo francés acompañada de tres carros enormes repletos de magníficos equipajes destinados á las gentes de Artagnan.

Exclamaciones de admiración lanzadas por éste, vivas estruendosas de sus soldados, aplausos del resto de los mosqueteros; luego, el caballero bearnés pretende pagar á la generosa donante de la única manera posible para un enamorado sin bienes de fortuna: con moneda de amor.

Ella se opone diciendo burlona:

—Gracias. Yo he procedido con perfecto desinterés.

Y Artagnan tiene que conformarse con besar la frente de nieve y los dedos rosados de la hermosa.

Al poco tiempo, Luis XIV, sorprendido por el aspecto galano de la primera compañía de mosqueteros, pregunta al gascón si posee la varita mágica de las hadas. El confiesa francamente la verdad, no ocultando, por supuesto, que la viuda es un fenómeno de virtud.

El monarca ríe, los cortesanos ríen, todo el ejército ríe. No debe olvidarse que el rey pasa una vida alegre, á lo Francisco I; que han de transcurrir algunos años antes de que la viuda Scarron, abandonando la *nursery* de los hijos adulterinos de S. M., ponga de moda la mojigatería.

En el alegre concierto de carcajadas desentonan los suspiros y las protestas del capitán de mosqueteros; mas, al fin, ya sabemos por las declaraciones de sus biógrafos que era un sujeto excelente aquel valentón, Artagnan ríe como los demás, ríe más fuerte que ninguno, gozoso en su interior de ver á sus queridos muchachos convertidos en petimetres capaces de inspirar envidia á la juventud dorada imitadora de los elegantes Guiche y Wardes.

Desde aquel instante—así lo afirma Touchard Lafosse—fueron llamados los soldados de Artagnan no mosqueteros grises, sino los *chicos de la viuda*, y cierta parte de su indumento recibió, con aplauso general, el nombre de *haut de chaussee des amours platoniques*.

Tornando á la obra de M. Jaugain, cúpleme señalar que adolece de idéntico defecto que otros trabajos suyos: es pesada, pesada como una montaña de plomo. Hay que seguir al autor con atención intensa para no perderse entre las ramas de aquellos árboles genealógicos estupendos. A veces hay que recorrer veinte páginas para encontrar alguna cosa interesante. A esto se ha de añadir la importancia concedida á M. de Troisvilles ó Treville, por no haber reflexionado Jaugain que el núcleo de sus lectores le habían de formar gentes admiradoras de *Los tres mosqueteros*, y que á éstas les interesa sobriamente, medianamente, aquel personaje, secundario en la novela y no muy interesante en la Historia. Yo creo que de las 177 páginas que le están consagradas, sobran las 150, quizá más.

A pesar de los defectos que con disgusto he señalado, aconsejo á los lectores del presente artículo que hayan llegado á la respetable categoría de suegros ó abuelos, que, si lo hallan á mano, hojeen ese libro de M. Jaugain.

Y se lo aconsejo seguro de que muchos, muchísimos, me lo agradecerán, porque nada hay tan grato para los hombres como recordar, en el ocaso de la vida, los tiempos felices de la juventud, y somos muchos, muchísimos, los que en nuestra mocedad, más ó menos pretérita, hemos soñado con hacer revivir las hazañas gloriosas de Artagnan y de aquellos enamorados de la espada llamados Athos, Porthos y Aramis.

JOSÉ FERNÁNDEZ AMADOR DE LOS RÍOS

MONUMENTOS DE ESPAÑA



Vista general del monasterio de San Pedro de Roda, en Puerto de la Selva, y cuya edificación data del siglo VIII. Su estructura y ornamentación son natabilísimas, y en su interior se guardan algunas valiosas reliquias

FOT. FERRER

LA INÚTIL LECTURA



A CUNABAN sus espíritus, tan próximos, con la ficción novelesca. Leía la nieta y parecía escuchar la abuela. Bajo la cofia blanca se aventaban las cenizas del recuerdo; bajo los cabellos rubios aleteaba el presentimiento.

Era, siempre, en la calma propicia de los crepúsculos, aguardando las noches consteladas de Septiembre, lejos de la ciudad y de los hombres.

Selectos y un poco retrasados, los libros hablaban del amor en un estilo artificioso y honesto. Ofrecían de la vida escenas disfrazadas de realidad. El ensueño cabalgaba por sus páginas sobre una fantasía desbridadada.

Y cuando ya la noche impedía seguir leyendo, abuela y nieta comentaban los episodios.

No era la muchacha de estas actuales que frecuentan los bailes aristocráticos y los tés celestinescos de los grandes hoteles. Pudo más en su educación la voluntad de la abuela que el deseo de los padres, á quienes el afán de frívolos holgorios, y aun de pecaminosos deleites, desentendió de su hija.

Así conservaba un candor infrecuente y anacrónico. Como si el tiempo se hubiera detenido, unfa, con los trajes de 1917, las costumbres de 1860. Doble refugio eran el corazón y el palacio de la abuela, tan apartados del mundo, para la inocencia virginal. Inofensivo regocijo, además, la lectura de aquellos libros escrupulosamente escogidos, pertenecientes todos ellos á la

biblioteca juvenil de la abuela, y que, si en ésta evocaban pretéritos momentos de felicidad ó de dolor, iban como esas nubes leves de los cielos tranquilos sobre el alma impoluta de la muchacha.

Ni envidiaba la suerte de las heroínas, ni sentía ese enfermizo amor de las adolescentes por los gallardos protagonistas de las novelas dulzonamente melancólicas.

Le complacía leer, sin embargo, bajo los árboles que entoldaban la terraza, con una curiosidad puramente infantil. Las preguntas consecuentes de la lectura no se referían jamás á la inquietud amorosa. Únicamente la intrigaba el secreto de los desenlaces, y se daba muchas veces el caso de que comentara con risas algún lírico pasaje, que á la abuela entristecía por cómo estaba impregnado de sentimental ternura.

Pero un día, repentinamente, lloró con unas lágrimas dulces y nuevas. Y otro día suspendió la lectura porque «le dolía la cabeza», según dijo. Y otro, al fin, se negó á leer desde el principio, porque el libro «era soso y aburrido».

Quedó más sorprendida que nunca la abuela, y buscándole las miradas, quiso buscarla también el corazón. Precisamente aquella obra que rechazaba su nieta fué siempre la que más se ajustaba á su alma. Ligada estuvo á ella desde la lejana juventud, y entre sus páginas secó flores y guardó versos de novio y dejó caer lágrimas.

mas. Diputaba la anciana á este libro por el más puro y sutil tratado de amor, y siempre que lo abrió surcaron su espíritu las venusinas palomas.

—¿Y por qué no te gusta esta novela?—preguntó la abuela, temblándole la voz más de angustia que de años.

La nieta hizo un mohín.

—¿Qué sé yo? Me parece cursi...

—¡Cursi! ¿Y tú qué sabes lo que es cursi en amor?

Toda su vida, que llenó el culto de una sola pasión sencilla y casta y sublime, pareció rebelarse en este reproche involuntario.

La nieta sonrió ruborosa, y luego, cayendo de rodillas, abrazó el cuerpo de su abuela, hundió la cabeza en su regazo, y sin verla, buscándole á tientas la mano, le dió un papel arrugado...

Lo desarrugó la abuela y lo leyó. Era una declaración de amor. La firmaba un nombre para ella desconocido, y desconocidos le eran también los conceptos que bruscamente venían á romper aquel honesto maridaje de los vestidos 1917 y las costumbres 1860.

—¡Oh, hija mía, hijita!...—suspiró

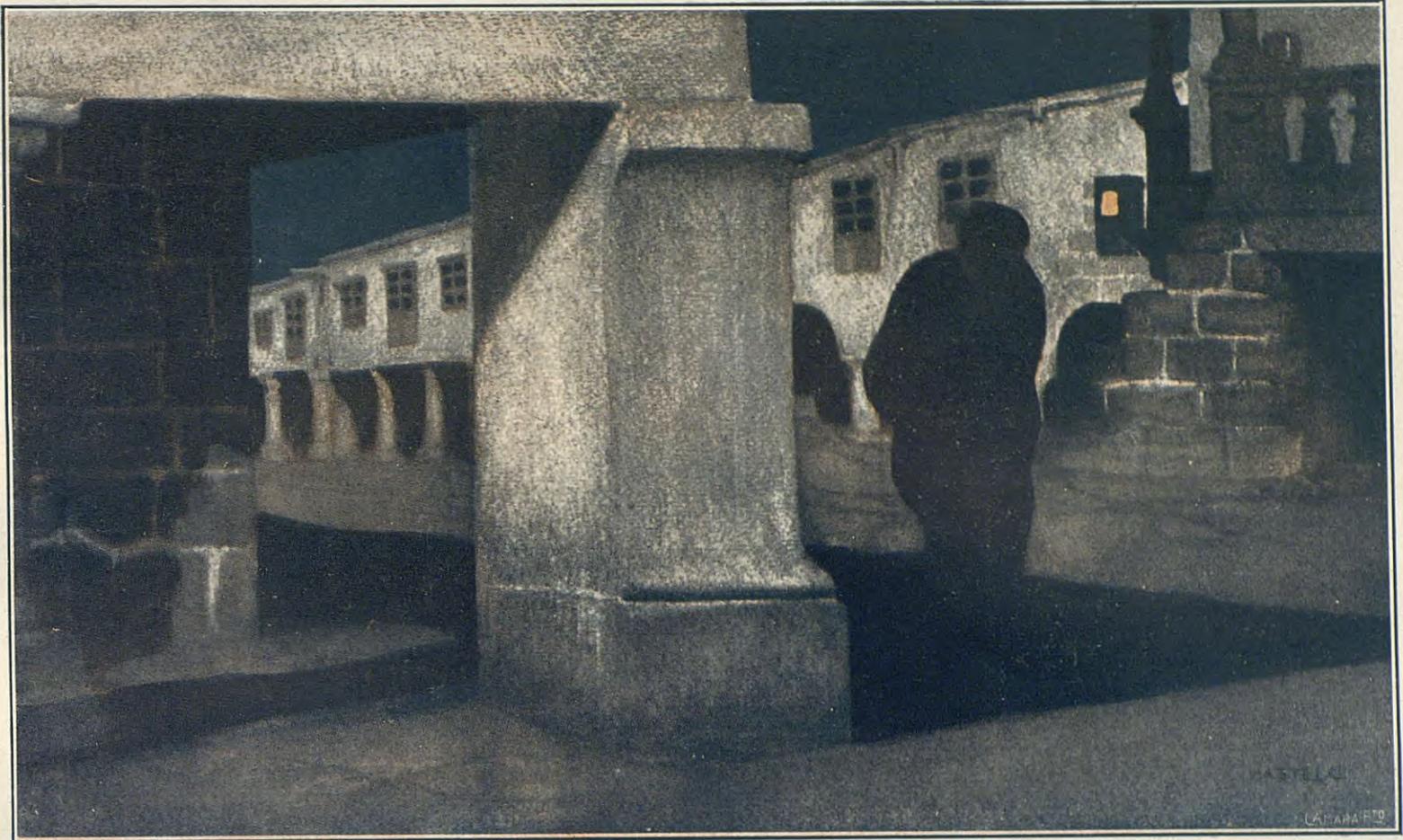
Y suspiraba tanto por la nieta como por sus pobres libritos, que ya no escucharía leer á la voz virginal y tranquila...

José FRANCÉS

DIBUJO DE RAMÍREZ

EVOCAIONES DE GALICIA

HAY UN AHOOGADO EN EL PUEBLO



EL «mariñán» iba en su dorna, y su dorna volcó. Pasó la noche y no volvió á la playa. La playa está cerrada entre promontorios llenos de verdor que rezuman la humedad del invierno; sobre las rocas negras que deja al descubierto el agua, se abaten marinas vegetaciones filamentosas, verdes también, peinadas por las últimas olas, como la cabellera de un dios que asomase la formidable testa á la superficie. Allí, donde más lejos llegaron las ondas, hay una oscura línea de algas y de astillas y de piedrecillas redondas, destacándose sobre la arena; y es allí donde los pulgones de mar, casi incoloros, brincan y brincan á docenas y á cientos, subiendo y bajando como si fuese la misma arena que hirviese...

Todo el cielo es gris; los montes se han oscurecido. Hace una semana que se ven blanquear los bajos por la boca de la ría, y por la ría entran las olas en ringlera, mugiendo, y rompen contra la una orilla y la otra orilla, como si toda la anchura fuese poca, y siguen más allá, á reposar en el lejano rincón hasta el que bajan los pinos. Hace una semana que las barcas, apreadas al mar, se zarandean en la ensenada, bien sujetas; alguna se anegó y apenas la borda sobresale del agua. Los hombres, en la arena ó en las piedras negruzcas del muelle casi rudimentario, charlan y fuman y miran las

aguas, grises también. A veces, un chaparrón les hace huír; la tersa playa se llena de hoyos diminutos, como la cara de un varioloso, y los hombres se agrupan bajo los porches... Junto á alguna columna hay una piedra que conserva incrustada una anilla mohosa de hierro; hay un farol de petróleo en una taberna, y de la taberna sale un olor denso que la brisa no consigue arrancar nunca de bajo los porches.

El «mariñán» que salió en su dorna, no debió salir. Unas mujeres vieron cómo una racha cogió de través la vela y la abatió. El cadáver estará ahora en los antros misteriosos, entre la profunda masa de color de plomo, oscilando, cabeceando, todavía flexible. Después aparecerá en la superficie, hinchado, mordida la boca y las mejillas por las voraces alimañas del mar, lívido, como esponjoso...

Y esta visión sobrecogerá al pueblecillo; todo él se contraerá como un solo corazón angustiado. Aquel día, para los ojos de las gentes, el mar tendrá otro aspecto que el habitual y otro tono la luz, y parecerá crecer la melancolía del invierno. Acaso tamicen las nubes un frío resplandor lunar que llegará al suelo como saturado de la humedad de las alturas; y en esa vaga claridad, las casitas herméticas y los soportales desiertos, estarán bajo una grave pesadumbre; no habrá cánticos en las calles; el marinero que

salió el último de la taberna ribereña, irá lento y callado hacia su hogar; una sola ventana iluminada mirará como un solo ojo hacia el misterio de las olas hirvientes que entran en la ría unas tras otras, semejantes á innúmeros rebaños de bisontes que tuviesen blanca la crin y que fuesen á asaltar las colinas que se alzan á lo lejos. Tras esa ventana habrá la llorosa vigilia de unas gentes.

¡Es tan poca cosa todo esto! ¡Tan poca cosa el pobre bulto humano perdido en el inmenso mar; y el gemir de los suyos entre el largo gemido del viento del Noroeste, que viene del infinito; y el pueblo mismo, diminuto y oscuro, apenas visible en la falda de las montañas de la ría!... ¡Tan pequeño dolor!...

Y, sin embargo, aquel «mariñán» rudo y primitivo ha de dejar un largo recuerdo en el humilde poblado distante, como aislado del mundo. Se dirá:

—Hace un año, cuando murió Manuel, el del castro...

O bien:

—Quince días antes de volcar la dorna de Manuel...

Y la efemérides perdurará mucho tiempo entre ellos.

W. FERNÁNDEZ-FLÓREZ

DIBUJO DE CASTELAO

De los pazos gallegos :: LECHUZAS, BUHOS Y MEIGAS

I

En las gélidas noches del invierno sombrío, cuando sus canes fieros el huracán azuza y es la campiña un denso sudario, blanco y frío, es señal inequívoca de muerte, la lechuza.

Amiga de las brujas y las saludadoras, jella ve los Misterios con sus ojos extraños! De su canto á la Muerte, sólo van unas horas... ¡Y la lechuza se oye cantar todos los años!...

Ella bebe el aceite que en la ermita se quema, las meigas, en sus chozas, colócanla de emblema ¡porque sus ojos saben lo que habrá de venir!...

Caminante, si escuchas en la noche su canto, encomiéndate al nombre de tu Patrón y Santo: Santifica tu alma, ¡porque vas á morir!...

II

En las trágicas noches de los inviernos trágicos —noches de agorerías, de horror y de artimañas—, las brujas abandonan sus sombrías cabañas y vuelan de la Luna bajo los iris mágicos.

Van tras ellas las torvas escoltas de sus pajes, formadas por lechuzas, pajarracos y buhos, que ofrendan al Misterio sus isócronos dios mientras la Muerte pasa rozando sus plumajes.

Son aves agoreras de tremendas desgracias á quienes han vedado de toda luz las Gracias Divinas, que dirigen los Parnasos humanos.

¡Sólo saben de sombras, horrores y miserias!... Pajarracos horribles que otean las lacerias y la podre harapianta de los cuerpos insanos.

III

Cantan entre los pinos de melena vercosa que se yerguen altivos en la ingente montaña, mientras por las veredas pasa la silenciosa procesión agorera de la Santa Compañía.

Cuando en las noches se oye su canto lacrimoso, santiguanse los hombres y rezan las mujeres, pues saben que, en sus notas, alienta el misterioso arte brujo que mide las vidas de los seres.

Porque vive en los viejos esta ancestral leyenda que dice que un romero que escuchó en su senda del pájaro lúgubre el trágico canto,

ya pasados dos días, y en su triste camino, le sorprendió la Muerte... ¡Y el pobre peregrino por única mortaja llevó su pardo manto!

Javier BÓVEDA

VICTORIAS ESPAÑOLAS
EL ANIVERSARIO DE LEPANTO

EN los primeros días de Septiembre del año 1571, la ciudad de Mesina presentaba inusitado aspecto y extraordinaria animación. En la espléndida bahía no cesaban de fondear naves y galeras que se bamboleaban majestuosamente impulsadas por las suaves ráfagas del viento estival. Gentes de armas, en número considerable y de muy distintas nacionalidades, llenaban las posadas y hosterías, y transitaban en continuo ir y venir por las calles y plazas. Sobre todo, por las vías que daban acceso al puerto, el tráfico era enorme. Arcabuceros, mosqueeros, jinetes y marinos españoles, genoveses, malteses y venecianos, *lansquenets* y artilleros alemanes, voluntarios franceses y de otros países se ocupaban en acarrear pertrechos y bastimentos para la flota que se iba reuniendo en la rada.

Para las bellas sicilianas entrañaba un motivo de algarazas, y también de cierto peligro, aquella invasión de soldados cosmopolitas,



D. JUAN DE AUSTRIA

porque éstos, a pesar de pertenecer a naciones aliadas, para el galanteo y conquista de mujeres hermosas no hacían grandes distinciones entre el territorio amigo ó enemigo. Lo mismo salían á relucir las espadas si se litigaba el amor de una dama, que si se debatía la posesión de algún baluarte ó rebellón.

Pero ya poco tiempo había de tardar en partir aquel enjambre de guerreros.

Los aprestos iban muy adelantados.

El tema preferente de las conversaciones era el de las últimas fechorías cometidas en Nicosia y Famagusta, plazas de la codiciada isla de Chipre, por Piali y Alí-Bajá, lugartenientes del Sultán turco Selim II. Desde que los otomanos asaltaron los muros de Constantinopla, y la Media Luna coronó la cúpula de Santa Sofía, Mahomed II, Selim I y Solimán, *el Magnífico*, habían consternado á la cristiandad con sus terribles ataques y piraterías. En el Mediterráneo, principalmente, ejercían un poder casi omnívoto, que ni el propio Carlos V consiguió dominar. Sin embargo, el grito de angustia lanzado por Venecia, amenazada de desaparición como el Imperio bizantino, colmó la indignación de algunos Estados de Europa y logró que se formase la coalición contra el temible Selim II.

El Pontífice Pío V, Felipe II, Génova y Venecia acordaron reunir sus fuerzas en Mesina para dar la batalla al adversario común. Siendo entonces España la nación más poderosa de la tierra, su esfuerzo fué el de mayor importancia. D. Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, el cardenal Granvela y D. García de Toledo, libertador de Malta, fueron los verdaderos creadores de nuestra escuadra, la más fuerte de todas las coligadas.

Terminados los preparativos, el 16 de Septiembre se hizo á la mar la armada cristiana, compuesta de 200 galeras y cien naves y galeazas, con 50.000 infantes, 4.500 caballos y cuantiosas municiones y máquinas de guerra á bordo. Asumió el mando de las fuerzas de la Liga don Juan de Austria, el ilustre hermano bastardo del monarca español. Veinte días estuvieron buscándose las escuadras rivales entre Sicilia y Grecia. Noticioso D. Juan de que la flota enemiga estaba en el golfo de Lepanto, no obstante los consejos que le dieron varios de sus subalternos, que desconfiaban del éxito de la empresa, ordenó rumbear hacia el citado golfo que for-



Teatro de operaciones donde se preparó y libró la batalla de Lepanto.

man las costas griegas, llegando á la proximidad de las islas Echinades y enfrente del promontorio de Accio.

La armada turca, capitaneada por Piali, y formada por unas trescientas unidades, salió al encuentro de la cristiana. En aquélla se invocaba con entusiasmo el nombre del Profeta, y en ésta el de Cristo, como acicate para la pelea. El 7 de Octubre, á las once de la mañana, y con un tiempo inmejorable, se trabó la batalla.

Los otomanos, siguiendo su táctica proverbial, comenzaron atacando con ímpetu por entrambas alas, consiguiendo sensibles ventajas al principio las galeras egipcias en la derecha y las argelinas en la izquierda. Pero la pericia y el arrojo de los caudillos cristianos, y muy especialmente de D. Juan de Austria, que había dispuesto con admirable maestría el orden de batalla con las reservas prontas á acudir á los sitios de peligro, neutralizaron el empuje de los mahometanos y les infligieron tremenda derrota. A las cuatro de la tarde sólo les quedaban á los turcos cuarenta naves que salvó Uluch-Alí. El resto de ellas, ó se hundieron en el fondo del mar, ó fueron apresadas por los cristianos. Estos perdieron unos siete mil hombres, cifra exigua por demás, tratándose de batalla tan enconada.

Alejandro Farnesio, Lope de Figueroa, Bernardino de Cárdenas, Requesens, Salazar, Moncada y otros muchos españoles, hicieron prodigios de valor. Entre tantos héroes de aquella jornada gloriosa, debe recordarse el nombre de un soldado que, estando enfermo de calenturas en la galera *Marquesa*, solicitó de su capitán ser destinado al puesto de mayor riesgo. Aquel soldado, que recibió una herida en el pecho y otra en la mano izquierda, que le valió honroso é imperecedero sobrenombre, se llamaba Miguel de Cervantes Saavedra.



MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Pues bien: al rememorar hoy, aniversario de la inmarcesible victoria, la hazaña del inmortal *manco de Lepanto*, se nos ocurre preguntar: así como en su calidad de figura preeminente, de campeón insigne de la literatura, se le ha enaltecido de modo unánime y se le ha puesto en el lugar privilegiado que sus excepcionales méritos reclamaban, ¿hanse glorificado cumplidamente su heroísmo y sus relevantes virtudes militares? Y concretando más la pregunta: ¿puede afirmarse que la Milicia tiene saldada la deuda de gratitud y devoción contraída con el soldado Cervantes Saavedra por su férvida defensa de

la profesión armada durante la paz y por su glorioso comportamiento en la guerra? He aquí un tema que se presta á la consideración de los cervantistas, de cuantos visten uniforme y de los patriotas en general.

Recuérdense los múltiples pasajes del *Quijote*, de *Las novelas ejemplares*, de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, de *Núncia* y de otras obras suyas en que ensalza, sobre todo, á la Milicia y á los consagrados á ella.

Recuérdese asimismo el noble orgullo con que en repetidas ocasiones hizo mención de su asistencia al combate de Lepanto y de las heridas recibidas en él.

Sin necesidad de otros argumentos y citas, ¿podrá achacarse á exaltación desahogada, ó á extemporáneo lirismo, el recordar la deuda imprescriptible que tienen el Ejército y la Marina para con el Príncipe de los Ingenios españoles? Lo extraño es que hasta la fecha no se le haya rendido dentro de la Milicia el tributo á que se hizo acreedor quien, teniendo conciencia plena de su valía extraordinaria como hombre de letras, honrábase principalmente con el nombre de soldado. Y mucho más extraño aún si se tiene en cuenta que una personalidad tan eminente como el señor Rodríguez Marín dijo en cierta solemnidad en el Centro del Ejército y de la Armada: «El pundonoroso Ejército español, amantísimo de la honra nacional, que es su propia honra, cumplirá como debe con aquel soldado inmortal por quien los laureles de España perduran y permanecerán siempre frescos y lozanos en todo el mundo.»

¿No sería de justicia que, como homenaje á aquel genio de la raza, se acordase por quienes pueden hacerlo, que el primero de los acorazados que se construya en lo sucesivo en nuestros astilleros lleve su nombre?

Además, considerando que hasta el momento presente, sólo merced á la felicísima iniciativa de Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII, se ha adoptado la resolución, de carácter íntimo de la Institución Armada, de que figure Miguel de Cervantes Saavedra á la cabeza de los coroneles de Inválidos en el Anuario Militar, ¿no sería también justo que se ligase todavía más su recuerdo con los mutilados en la guerra, creando una condecoración que llevase por título su apellido y que estuviese exclusivamente dedicada á premiar el heroísmo de los lisiados en campaña?

Creemos que ambas ideas pueden y deben realizarse, aunque sólo sea para desvirtuar de una vez esa fama legendaria y vergonzosa que tenemos los españoles de olvidar á nuestros hombres esclarecidos.



D. ALVARO DE BAZÁN

NOTAS CIENTIFICAS  EL CAMINO DEL CIELO



Rincón de la vía láctea en la constelación del Escudo. En la región central superior se advierte el límite de la parte más densa del conglomerado estelar. Las estrellas de superior magnitud aparecen, por la larga exposición fotográfica, circundadas por nimbo. En la región blanquecina central cada puntito es una estrella

El hombre menos dado á romanticismos y exaltaciones de espíritu, no puede abstraerse á la influencia de lo exterior, colocado junto al mar, en la quietud de serena noche, lejos de poblado.

Entonces el firmamento atrae su mirada, que, penetrando inquieta de abismo en abismo, se extravía pronto, y al desvanecerse la sensación material, otra más sutil la suplanta, y el espíritu sondea el infinito, naufragando en reflexiones y pensamientos que llevan suave intranquilidad y grato deleite á lo sumo del alma.

Son grande parte, sin duda, para que fatalmente se verifique esta sublimación de nuestro espíritu, la carencia de excitaciones vulgares y la eterna canturía del mar, grandioso y apropiado contrapunto á la melopeya de luz que desde los cielos baja. Por lo más alto de los cielos cruza un reguero de estrellas que, cual río de curso tortuoso, se encorva aquí, se divide allá, para reunirse más lejos, en el hemisferio opuesto, y completar el bojeo del firmamento: es la vía láctea ó camino de Santiago.

Los griegos vieron en la infinita aglomeración de estrellas que lo constituyen, el chorro de leche que se escapó del divino pecho de Juno, cuan-

do Hércules, juguetón y travieso, apartó sus labios del pezón de la diosa.

Los egipcios, más espiritualistas, contemplaban la vía láctea como camino que, tarde ó temprano, seguirán las almas de los buenos en demanda de la morada de los dioses.

Antiguas consejas mitológicas suponen que, conducido el carro del Sol por inexperto auriga, descarriló en fecha memorable, y al volcar, por los cielos se derramó algo de lo que conduce de diario. Fué un incendio celestial que pronto pudo sofocar la voluntad de Júpiter, quien permitió, como muestra de su poder, que eternamente lucieran las chispas derramadas por el espacio infinito.

Los místicos cristianos, en sentido traslaticio, han calificado también esta senda del cielo de camino por donde las almas se dirigen á los misterios de lo eterno.

Y cuando se creía sólida la bóveda celeste, era mirada la vía láctea como la soldadura imperfecta de los dos hemisferios que forman la esférica inmensidad.

Los potentes anteojos modernos resuelven en muchos miles de estrellas las regiones más apartadas de la vía láctea. Ya el astrónomo W. Hers-

chell contaba 1.800 y 2.000 estrellas en un espacio análogo al ocupado por la Luna llena. Dejando fijo el antejo, y llevando la cuenta de las que pasan por su campo, sumó 116.000 estrellas durante un cuarto de hora. Estos dos datos dan una idea aproximada del inmenso número de estrellas que forman la vía láctea.

La Tierra pertenece á este conglomerado de mundos, y ocupa un lugar próximo al plano central de esta envoltura ó cinturón celeste, pero más cerca de uno de los bordes que del opuesto, hacia donde las estrellas se amontonan.

Porque lo mismo que sumergidos en una niebla rastrera y de poca altura vislumbramos las gotas mirando hacia arriba, y acorta el campo de visión la espesa cortina en sentido horizontal, así también la agrupación de mundos deberá afectar, mirada desde fuera, una forma lenticular, desde cuya región central vemos las estrellas espaciadas mirando en la dirección de la menor dimensión, y amontonarse por millones de millones cuando dirigimos la mirada con dirección hacia lo más largo, que con parecido alejamiento nos rodea cual cinturón celeste.

HISTORIA TRÁGICA



ME contaron, cuando niño, el episodio, y ahora lo recuerdo como una pesadilla.

Avanzaba la noche, que era de invierno, fría y sin luna. Una neblina gris flotaba sobre los campos dormidos, y el río deslizaba su corriente con un son lúgubre. A lo lejos, la mancha oscura del monte se perfilaba indecisa, como un monstruo de enorme giba. El camino estaba húmedo y solitario. Entre el macizo de los árboles se adivinaban las ruinas de un caserón solariego, donde en otro tiempo, ya lejano, una familia de infanzones hizo vida de retiro y de caridad.

Un pájaro nocturno graznó en las ruinas, y el ruido de sus alas turbó un instante el imponente silencio de las sombras. Sobre la tierra pasó una ráfaga de misterio.

—Camina de prisa, rapaz—clamó el viejo que me acompañaba—, porque pasamos frente a la casa de don Juan Manuel, y puede que ande la bruja suelta...

A poco, cuando dejamos a la espalda el adusto paraje, el viejo me contó una historia que vivía en las gentes con un recuerdo de escándalo y de crimen.

Don Juan Manuel era el último vástago de los Agüero y Ruiz de Tagle. Pasó el hidalgo los mejores años de su vida en tierras desconocidas y lejanas, agotando los últimos recursos de su caudal. Los que sabían de él, decían que era bravo, camorrista y audaz, dado al juego, al vino y a las mujeres.

La casa solariega esperó varios lustros la vuelta del caballero, al cuidado de una vieja sirviente que había conocido los tiempos florecidos y prósperos de los Agüero y Ruiz de Tagle. Aquellos tiempos en que las pobres y humildes gentes lugareñas se acercaban respetuosas y

sumisas a bendecir los umbrales de la casona y a besar las pulidas manos que les daban, como generosa limosna, las migajas caídas en finos y bordados manteles. Con la vieja vivía una moza morena y arriscada, de cuyo padre nunca pudo haberse noticia. Tan sólo se sabía que era hija de la anciana sirviente y del pecado. Las dos mujeres cuidaban de la casa y cultivaban el huerto aledaño, regalándose lo mejor que podían con las legumbres que paría la tierra y con manzanas doradas y olorosas.

Cuando volvió don Juan Manuel, ya agotadas sus energías moceriles, y gastadas las últimas sobras de su caudal, halló a la moza huérfana y sola. La vieja había muerto poco antes, y su cuerpo se pudría en el solitario cementerio aldeano. Era entonces don Juan Manuel un viejo magro y seco, de aventajada estatura, rostro moreno, cabeza monda y barba crecida y blanca. Ya no se le daba un ardite de su linaje, ni revelaba en su continente y en sus maneras, en sus acciones y en sus palabras, el señorial donaire de que hicieron gala sus ascendientes. Era áspero y escandaloso, pendenciero y borracho. Los usureros de la villa cercana habían metido el garfio de sus uñas en la casa señorial, y arrancaban poco a poco las últimas reliquias heredadas del glorioso y rancio linaje.

El mismo techo que al hidalgo, cubría a la moza morena y arriscada. Era una moza desenvuelta y varonil, con las facciones duras e inexpresivas, la frente estrecha y abultada, el pelo crespo y los labios gruesos y sensuales. Sólo ella dominaba a don Juan Manuel. Cuando el hidalgo regresaba de sus diarias excursiones por las tabernas del contorno, la moza le recibía huraña y altiva y le lanzaba al rostro los más groseros apóstrofes. Pero el viejo sopor-

taba los insultos que le escarnecían, y entraba en la casona haciendo temblar el ruinoso entarimado bajo sus pies. Y entretanto, las voces de la moza sonaban a lo largo de las habitaciones, amplias y desiertas, rebotando de pared en pared como en un claustro vacío.

Amansada la fiera, el viejo la abrazaba por la cintura, le cogía las manos y la besaba con besos largos y estallantes. La moza acababa sometiendo y agradecía los halagos del hidalgo acariciándole la barba y envolviéndose en un cálido vaho de vino. Entonces, le estrujaba como a un muñeco y le apretaba el cuello como si fuera a ahogarle. Algunas veces le clavaba las uñas en la piel, arrugada y seca como un pergamino, hasta hacerle sangre. Y don Juan Manuel se quedaba dormido, nublado por los vapores de la embriaguez.

Una tarde, el infanzón salió de la taberna rojo y apoplético por el vino y la ira. Encerrado en su casa, fué insultado y escarnecido por la moza, a quien logró rendir poco después con sus halagos y caricias seniles. Y aquella noche, los ojos de la barragana se encendieron, como nunca, en fulgores siniestros, y tuvieron honduras misteriosas de abismo.

Al otro día, don Juan Manuel apareció muerto en la cama. Tenía unas huellas sangrientas en el cuello, y de la boca fluía un sucio espumarajo teñido ligeramente de carmín. Con el hidalgo se acababa una raza que fué en tiempos famosa y respetada. Y ya la casa de los Agüero y Ruiz de Tagle fué pronto un montón de ruinas entre unos árboles adustos, entre cuyas ramas graznaban los pájaros nocturnos.

José MONTERO

DIBUJO DE PÉREZ RUBIO

CIUDADES DE LA GUERRA

EL HAVRE



Palacio del Ayuntamiento



El Palacio de Justicia

Tienen las ciudades, como frutos humanos que son, inesperados desenvolvimientos; y su atmósfera moral es la suma del espíritu de los hombres que las fundaron, de cuantos las han vivido, y las llevan lentamente hacia el progreso. Puede, pues, compararse una ciudad á un individuo; y á semejanza de esos hombres insignificantes en la vida de cada día, que al choque de las contingencias dramáticas descubren de pronto un alma heroica, así esta guerra ha ayudado á descubrir la grandeza de cien modestas urbes, antaño oscurecidas por esas capitales enormes donde las multitudes, las riquezas y las concupiscencias bullen con un orgullo donde siempre hay mucho de triste.

¡Con cuán melancólico goce evocamos la ciudad donde quedaron enterrados acaso los tres años mejores de la juventud! El Havre: este sólo nombre es la llave mágica de mil recuerdos. La ciudad quieta y neblinosa desde el otoño, se aclara de sol y de mesurado júbilo en cuanto asoman en los árboles los primeros vástagos de la primavera. A cuatro horas de París, á hora y media de la maravillosa Rouen que vive su sueño centenario duplicando en las aguas del Sena la ágil torre de su basílica, ocupa la ciudad normanda el extremo Este del canal, casi frente á Soumphanton, posición de vigía. De un lado ve el Océano, del otro el Estrecho; junto á ella, el ancho estuario del Sena la separa del brazo de costa donde Trouville, Dauville y Caen encienden por las noches luminarias, apagadas hoy que el placer ha ido estrechándose para dejar sitio á los deberes. Este trozo del río, entre dos riberas prodigiosamente fértiles y cambiantes, es uno de los paseos más bellos del mundo; y durante las seis horas que dura el viaje hasta Rouen—pasando frente á la abadía del siglo XIII, residencia estival de Mauricio Maeterlinck, y escenario insuperable que vió resucitar en 1910 el drama de Macbeth—, el alma no se fatiga de contemplar esplendores de la Naturaleza. El Havre de Gracia fué fundado por Francisco I,

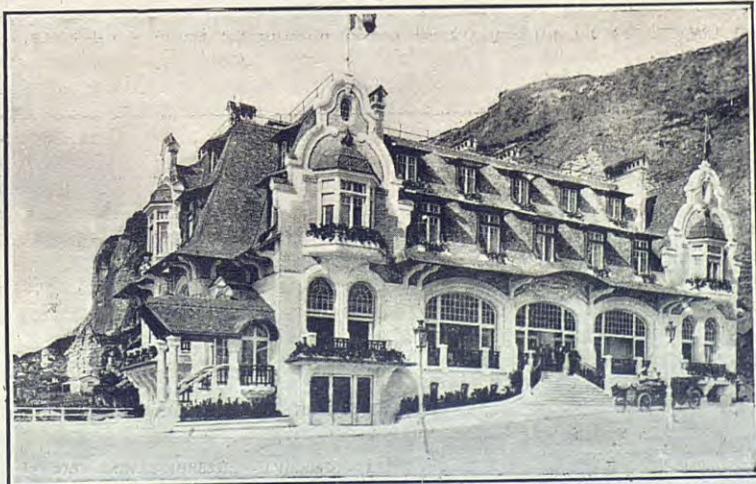
y por ser el puerto de París, su desarrollo ha sido rápido: calles anchas han ido abriéndose y poblándose en torno al dédalo del puerto, que es, por sus admirables diques y otras obras de ingeniería, uno de los mejores del mundo. La población se extiende bajo una colina llena de residencias aristocráticas; de esa colina, orilleando el mar, baja un paseo festoneado de hoteles que se llamaba boulevard Maritime, y hoy se llama del Rey Alberto, en honor al joven héroe que ha sabido reivindicar ante los ojos atónitos del mundo la herencia problemática de realeza. La calle de París, siempre hormigueante de gráciles figuras de mujer; la plaza del Hotel de Ville, con su magnífica Casa Consistorial; la place Gambetta, abierta sobre el muelle que cobijara antaño los yates de los potentados, y siempre alegre á causa del mercado de flores, de su anchurosidad, del teatro y los cafés que la circundan, de las estatuas de Casimiro de la Vigne y de Bernardino de Saint Pierre, erigidas entre macizos de verdor; el boulevard de Strasbourg, cuyo solo nombre evoca ideas hermanas de la guerra de hoy, cuenta con edificios tan bellos como la Prefectura, el Palacio de Justicia y la Bolsa; la calle de Tiers, cerrada pintorescamente por el repecho de La Côte, los malecones junto á los cuales, casi rozándose, pasan al entrar y salir del puerto, los navíos; la playa, salpicada de balnearios, de móviles casetas frente á un mar raras veces tempestuoso... Los trenes, siempre llenos; el muelle de escala por donde pasaron hacia New-York tantos millones de viajeros sin detenerse á gustar ni un día el encanto de la ciudad; el café Tortoni, lleno de risas, de humo de fumadores y de esencias de mujercitas fáciles; los cafetuchos próximos á los muelles con su vaivén de marineros, su jerga de todos los países, sus plañideros acordeones... ¿Cuánto no habrá cambiado ese aspecto á la vez activo y recogido de entonces?

Hoy parecerá El Havre una ciudad mixta, y de hecho lo es, pues aun cuando no alterasen

su fisonomía los fuertes contingentes británicos que de continuo pasan, el estar establecido en Sainte Adresse—barrio contiguo á la fortaleza de La Hève—el Gobierno belga, hace que unos metros de terreno separen políticamente por noble dádiva á Francia del país expoliado por los bárbaros; un paso y ya rige otra administración, otra tarifa de correos, otros sistemas de servicio. La hospitalidad no ha sido sólo material, y por ella merecerá Francia del pobre país de las beguinas larga gratitud. En 1871 la invasión llegó hasta muy cerca de Bolbec; hoy se ha detenido más lejos, pero también El Havre ha visto pasar bajo su cielo aeroplanos hostiles, y contempla sus mejores edificios llenos de heridos, y oye trepidar sus calles bajo el paso múltiple de los hombres que van á morir. Aquella juventud que se regocijaba en el Palacio de Regatas, ó en el hermoso Casino, ó en «Frascati», que trabajaba en los vastos negocios que hicieron al puerto casi regir con Bremen, Liverpool y Amberes las cotizaciones de cueros, cafés, y cacao, no estarán ya en El Havre, y muchos no estarán siquiera en la vida. El progreso lento de la paz se habrá acelerado; nuevas ansias, nuevas energías, nuevos hombres con afanes y obligaciones prematuras á causa de los sitios vacíos que deja la gran redada de la muerte imprimirán á la ciudad un nuevo ritmo; y cuando la hecatombe acabe, quizá no vuelva á recobrar aquel aspecto de segundona, á veces un poquito triste de envidia, y á veces un poquito segura de orgullo, porque los grandes dolores jamás pasan sin modificar cuanto no destruyen.

Y al pensar en tantos amigos, en tantas esperanzas, sueños, esfuerzos, tímideces, descen-trados y proyectados épicamente contra la gadaña incansable, el articulista siente vibrar su pluma de simpatía y de emoción, y—aún otra vez—maldice á esa gran violadora de destinos que se llama la Guerra.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

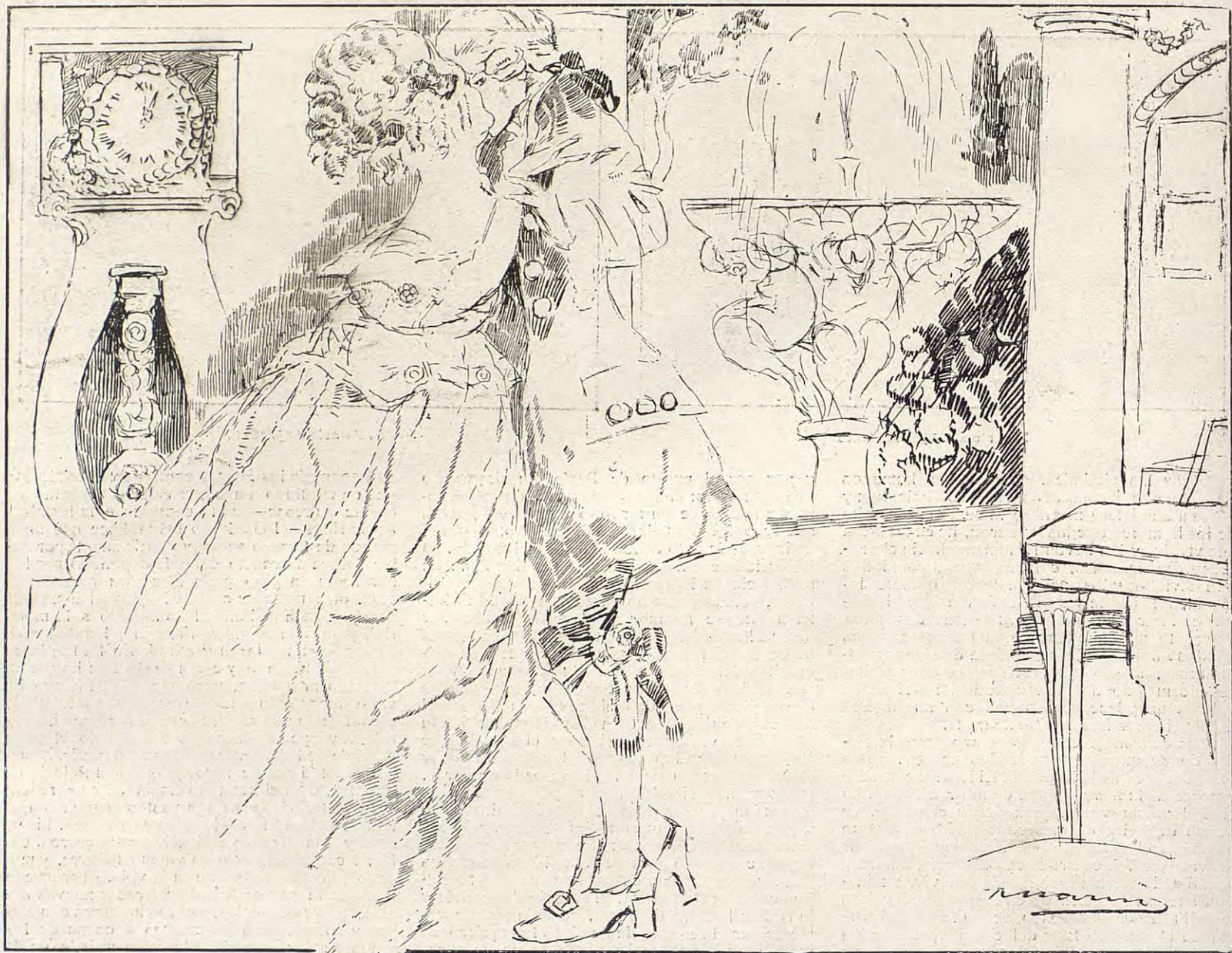


Edificio ocupado por el Gobierno belga



Bulevar de Strasburgo

EL RELOJ Y EL CLAVE



Es el viejo reloj de un camarín de reina, de un viejo aposento, breve y recoleto, entraña de un palacio cuyos salones, vacíos y silenciosos, tienen, en su quietud, melancolías de viejos cenotafios.

La estancia es como un arca guardadora de secretos amables y misteriosos que saben, los unos, á madrigal, y, los otros, á elegía. Ante ese espejo veneciano, una mano hábil y diestra en el arte de Leonard, tramaba sobre una frente augusta el artificio de un tocado. Aquellos tocados de arquitectura complicada, que eran blancos, como nevadas cordilleras, y vieron abatido su mundano orgullo ante la máquina niveladora de monsieur De Guillotin.

Mientras peinaban á la reina, ella contemplaba ese viejo reloj. Un esclavo, efebo de ébano que hubiera pasado por hermano de Zamora, el paje amante de la condesa Dubarry, mostraba á su señora un papagayo maravilloso, que era presente de un virrey. Pero la reina no miraba aquel pájaro, vestido con todos los colores del traje bufón y chocarrero de Paolo Cianello, el calabrés. Las camaristas traíanla aromas y pomadas, flores y joyeles, y ella no miraba sino al reloj extraño que no andaba jamás. Así lo vió su madre y así lo vió su abuela. Hacía mucho tiempo que se había perdido la llave del reloj encantado.

Ese viejo reloj es de ágata y oro, guarnecido de turquesas y de lapislázuli. Al lado de su esfera duerme el Amor sobre un lecho de guirnaldas. Al lado del Amor vela Psiquis su sue-

ño. Ese reloj fué el confidente de una reina. El marcó para ella las horas de la dicha y las horas del dolor; las horas de la angustia y de la calma. Todas las horas. Las del afán y las del recuerdo. Todas, todas las horas.

En la mañana de su boda la despertaron á igual tiempo las alondras que pasaban por delante de su balcón y la campanita fina y vibrante de ese reloj amado. Y acompañó sus días y acompañó sus noches hasta esa hora en que le pararon una vez y no volvió á andar más. Y esa hora que marca es la de una noche en que aquella princesa de otro tiempo bajó por vez postrera, por esa misma escalinata, á ese mismo jardín, hasta ese mismo almeiz.

Y en este aposento, breve y recoleto, hay también un viejo clave, cuyo teclado duerme bajo su tapa de palisandro. Nadie ha podido escuchar sus notas, ni sorprender sus armonías. ¡Oh, viejo clave mudo! ¡Qué divina sonata se adivina detrás de tu silencio!

Como el marfil de sus teclas misteriosas, reposa hace tiempo bajo otra tapa de mármoles y pórfidos, el marfil de las manos peregrinas que sabía el secreto de sus sonatas de cristal. Sus notas transparentes surgían como las gotas de ese surtidor del vergel, que son diamantes al sol y aljófara á la luna, y danzan una danza de sortilegio sobre la taza de alabastro que sostienen tres sátiros, y sobre cuyo borde vigila un pavo real.

Noche tibia de otoño. Noche de la última cita y de la última sonata. Al vibrar la nota

postrera de la música de ese clave, desquiciáronse las campanadas finas de ese reloj y se perdieron poco á poco en el ambiente de la noche. Desperezóse voluptuoso un lebre, nieto de aquellos velazqueños, y chilló en el jardín el pájaro polícromo bien amado de Juno. Sentíase el aire cargado de los aromas, de los frutos, como un triunfo de Pomona, y al halago de una alta y suave brisa, cabecearon los cipreses del parque. Se estremecieron los rosales ante un misterio que pasaba y deshojaron el encanto de sus últimas rosas como en un holocausto. Y junto al tenue murmulio del agua de la fuente, hubo un rumor amable de sedas y de amor.

Y á la otra noche no andaban ya las manecillas de aquella esfera que se alzaba entre el Amor dormido, como Endimión, y Psiquis despierta, como Diana avizorante. Y desde aquella noche nadie volvió á alzar la tapa de palisandro que guarda el noble teclado marfilino de ese clave que no sonará más. Porque una vieja azafata que recibió su llave supo arrojarla al secreto de un estanque tranquilo.

¡Que nadie haga andar ese reloj! ¡Que nadie quiera posar sus manos sobre las teclas de ese clave!

Procul esto profani.

Y sea siempre un divino misterio el único habitante del viejo camarín.

PEDRO DE REPIDE

DIBUJO DE MARÍN

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



LA PANADERA, cuadro de José Benlliure Ortiz



"Retrato de Emma Rasmussen"

(Aguasfuertes originales de Anders Zorn)



"Lescanso de la modelo"

HACE cincuenta, cuarenta años, la vida enigmática y profunda de los países del Norte carecía de pintores que la interpretaran y que enseñasen á conocerla y amarla. Pudo decirse entonces, sin temor á ser rectificado, lo que afirmó un célebre crítico: «El arte vegeta en Dinamarca, vive penosamente en Suecia y no existe en Noruega.»

Los pueblos escandinavos carecían de una pintura que respondiese á la literatura de Ibsen, de Bjoerson, de Bojer, de Strindberg, de Tröding, de Ahlgren; una pintura que prolongara, que comentara plásticamente la belleza de los *lieders* y *suites* de tan varia riqueza musical que supo interpretar Eduardo Hagerup Grieg acercando su oído y su corazón á la voz y al sentimiento populares.

¿Cómo eran los paisajes que oían tales cánticos y contemplaban estos hombres taciturnos de los dramas enigmáticos? Y, sobre todo, ¿cómo son los suecos, los noruegos, los dinamarqueses, nietos de aquellos *vikings* aventureros, que saquearon las playas normandas y sicilianas, que se anticiparon á Cristóbal Colón, clavando las proas de sus embarcaciones en el *Uruland*, del cual habían de salir los yanquis, sedientos de expansión y conquista?

Misterio. Un misterio empobrecido por secundarias parodias imitativas. El arte escandinavo no era sino un reflejo pálido del arte germánico. A pesar de la riqueza cromática, del vigor de los tipos y costumbres, de la fuerza emocional que cotidianamente ofrecían á sus ojos los humanos modelos y la Naturaleza expresiva, los pintores del Norte se limitaban á copiar á los pintores alemanes.

Afortunadamente, puede hablarse ya en pretérito de esa pobreza artística. Hoy día, Escandinavia tiene suficiente número de artistas que la reproducen fielmente, que buscan inspiración

en los aspectos externos y en las rutas ocultas de la psicología patria.

Los nombres de Karl Larsson, de Petersen, de Liljefords, de Thaulow, de Munck, de Osterlind, de Kroyer, de Hammer Shog, de Wartzel, de Meyen, de Hagberg, de Werenkiold, de Wahlberg, de Sindnig, Tragorih, Ros:nberg.



"Autorretrato" del gran pintor y grabador sueco Anders Zorn

Ekstrom, Wordstrom, Borg, Skesdwig, Johanson, Skanberg, Eyolff; son conocidos en Europa, y muchos de ellos se han incorporado al número de los maestros universales.

Y, entre ellos, el más popular de todos, por sus viajes frecuentes, por sus exposiciones en Francia, Alemania y América, figura Anders Zorn. Tan popular, que únicamente la consideración de que estos comentarios nuestros se dirigen con preferencia al público no bien enterado, disculpa en nosotros el repetir lo ya dicho antes de ahora y de mejor manera.

ooo

Anders Zorn es sueco. Nació en Mora (Dalecarlia) el año 1860. Sus padres eran unos labriegos, y la infancia del futuro gran pintor transcurrió en medio de las selvas frondosas, como pastorcillo de los paternos rebaños. Distraía sus horas tallando en pedazos de madera esculturas que tenían espontánea gracia y pasmosa exactitud. Empleaba el colorante jugo de plantas y flores para pintar las vacas y las cabras que salían de su cuchillo, diestramente manejado. Sin saberlo, el pastor dalecarliano ejecutaba las esculturas como los artistas primitivos de los siglos lejanos, como los salvajes también, donde fuera á curar su civilización Paul Gauguin años después.

Como el Giotto, Anders Zorn tuvo la suerte de encontrar quien supiera comprenderle y protegerle. En 1877, después de aprender á leer y á escribir, ingresó en la Academia de Bellas Artes de Estocolmo. Allí encauzó sus aptitudes, perfeccionó su dibujo, estudió el colorido, y cuatro años después emprendió un largo viaje por Francia, España, Italia, Holanda é Inglaterra. En Londres residió algún tiempo y pintó varios retratos que se expusieron en la *Royal Academy* y en el *Royal Institut of painters in water colours*.

Pero España, y sobre todo Velázquez, le



"El brindis"



"Ernesto Renán"
(Aguasfuertes de Anders Zorn)



"Augusto Saint-Gaudens"

atrajeron nuevamente á nuestro país el año 1884. Frecuentó el Museo del Prado, recorrió Andalucía, pintó, entre otros, los retratos de las duquesas de Alba y Osuna. Luego marchó á Oriente.

Y en 1887 expuso su primer cuadro al óleo *Pescadores*. Desde entonces, la vida y el arte de Anders Zorn son una serie constante y ascendente de triunfos. Su reputación crece, las recompensas de todo género, los encargos son cada vez más frecuentes y halagadores.

□□□

Podríamos decir de Anders Zorn que es el Sorolla sueco, como de Joaquín Sorolla se ha dicho muchas veces que es el Zorn español.

Hay, realmente, una gran afinidad de visión, temperamento y técnica entre los dos maestros. Ambos han pintado el mar y el sol con una entu-

siasta preferencia; ambos tienen esa factura larga de la que surge el color fuerte y luminoso. Ambos sugieren la misma sensación de realismo sano y viril. Y acaso se acentúa más aún en Anders Zorn por cómo alía en su común apasionamiento las recias y blancas mujeres desnudas de Dalecarlia con el mar. Los desnudos femeninos de Zorn son de un vigor extraordinario.

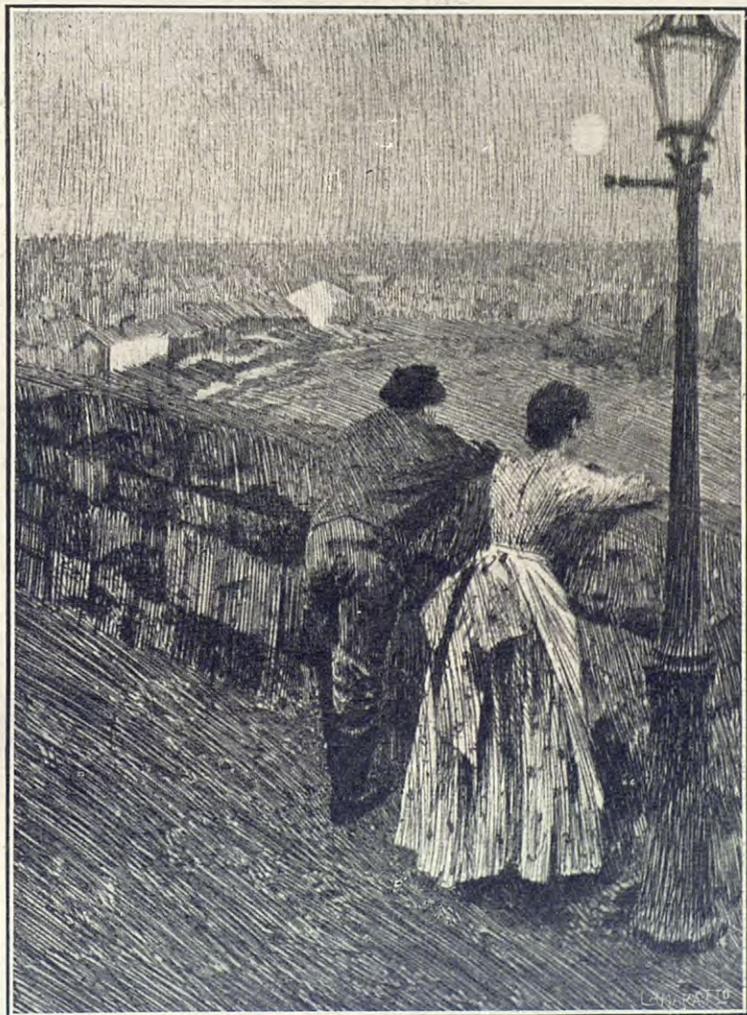
Y si como pintor Anders Zorn es uno de los primeros, y si como escultor ocupa un puesto muy estimable, es en el grabado donde más firme se destaca su personalidad. Diríase que es el hijo de Rembrandt y el hermano de Brangwyn.

Hemos reunido en estas páginas algunas de las más célebres aguasfuertes de Anders Zorn. Puede seguirse en ellas un curso técnico de procedimientos. He aquí los desnudos de campesinas y de bañistas, los retratos de hombres célebres,

las escenas populares. Y entre estos grabados, el famoso retrato de Ernesto Renán, que representa al gran filósofo en sus últimos años y en sus abstracciones habituales. Sólo después de haberlo solicitado muchas veces, consiguió Zorn que Renán le concediera el «plazo improrrogable» de una hora para hacer este retrato.

Y no es precisamente el mejor de todos sus grabados, si se piensa en *El brindis*, en *Ida*, en los retratos de Rodin y de Verlaine, en *Rasmussen*, en *Mrs. Kip*, en *La pianista*, en *Saskja*, en *Lutma* y en esas otras figuras de mujeres desnudas á quienes el agua ciñe los muslos poderosos ó que ofrecen su cuerpo á los rembranescos contrastes de la luz y de la sombra que, según la bella frase de un gran esteticista francés, son «luz de oro fluido» y «sombra que se mueve».

SILVIO LAGO



"En el malecón"



"Ida, la campesina"

(Grabados originales de Anders Zorn)

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA



ÉXTASIS

ELLA evoca la época romántica de Margarita Gautier. Sus ojos extáticos miran á lo lejos, y por el escenario de su imaginación se pasean las soñadoras figuras de los desgraciados amantes. Armando Duval cae de rodillas ante la Dama de las Camelias, redimida y generosa. Es la historia

siempre nueva de la seducción irresistible, repetida hoy con la poderosa ayuda que á la belleza femenina prestan las admirables creaciones «FLORES DEL CAMPO», que, en unión del prodigioso desodorante higiénico SUDORAL, constituyen el más legítimo orgullo de la PERFUMERÍA FLORALIA.

DIBUJO DE MAX RAMOS